

Rancho Anderson
2



EVA RIVER

Tu casualidad
Serie «Rancho Anderson»

EVA RIVER

© Eva River, 2018

Imágenes de portada by Pikisuperstar.

Diseño de portada by Eva River.

Todos los derechos reservados.

Tabla de Contenido

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[Serie «Rancho Anderson»](#)

[Tu suerte \(Una probadita\)](#)

[Contacto de la autora](#)

—¿Hiciste el pedido de madera, Travis? —preguntó Josh a su hermano mayor.

—¿Tú qué crees? —Sonrió—. Lo que más deseo en estos momentos es tener mi casa construida ya.

Travis miró a su esposa, Lizzy, de soslayo.

—¿Cómo va la construcción? —quiso saber el menor de la familia, Declan.

Lou llevó una cesta de bollos a la mesa. No había terminado de ponerla cuando un puñado de manos se lanzaron sobre ella y apenas dejaron las migajas.

—No tan bien —contestó Travis—. Estoy trabajando demasiadas horas en el rancho y no me queda mucho tiempo para construir.

—Puedo ayudarte mañana después del trabajo del rancho —se ofreció.

Lo menos que podía hacer era ayudarlo a construir un hogar. Hacía casi un año que sus padres les habían informado que el rancho había sido dividido en cuatro partes iguales. Una para cada hijo y otra para ellos. Pero que para tener ese pedazo de tierra debían casarse o esperar a que ellos murieran para poder heredarlo.

Según lo prometido, sus padres habían firmado la escritura para Travis y ahora él y su esposa trabajaban para hacer una casa y empezar a trabajar su tierra. La tierra que Travis había elegido era perfecta y él planeaba usarlas para el pastoreo.

—Te lo agradecería.

—Sabes que puedes contar con nosotros —dijo John, el jerarca de los Anderson.

Travis se inclinó hacia Lizzy y enterró su nariz en los rizos castaños de ella.

—Ya le he dicho a Travis que se lo tome con calma —agregó

Lizzy—. Pero él está desesperado.

—Te prometí esa casa para el verano y lo voy a cumplir sea como sea.

Los ojos de ella brillaron y espontáneamente le plantó un beso en la mejilla.

Josh miró hacia otro lado. Necesitaba una esposa para obtener su parte del rancho, pero era difícil. Vivían lejos de la ciudad y trabajaba tanto que no tenía mucho tiempo como para salir. Además, amaba la soledad, mirar los campos y escuchar los ruidos del campo mientras se tomaba una cerveza.

Sin embargo, cuando miraba lo que Lizzy y Travis compartían y la forma en que ambos se conectaban, sentía un poco de envidia. Con las chicas que había salido no había compartido más que sexo. Nada romántico.

¿Algún día hablaría de una mujer con la misma emoción que Travis hablaba de Lou?

Suspiró.

—Creo que debo irme —dijo.

Estaba levantándose cuando su mamá lo detuvo.

—Espera un momento...

Desapareció unos segundos y cuando regresó tenía un pastel de cumpleaños en las manos.

Él se levantó de golpe.

—Pensé que lo habían olvidado. Ni siquiera me felicitaron.

—¿Cómo podríamos olvidarlo? De niños nos obligaste a celebrártelo cada vez —bromeó Declan.

—Oh, por Dios, sí. Todos estamos traumatados, no podríamos olvidarlo, ni aunque quisiéramos —agregó Declan.

—¿Recuerdas cuando nos pedía que le llamáramos “El rey del rodeo”?

Josh soltó una carcajada y se sonrojó un poco. Siempre había sido un poquito engreído.

Mamá le apretó el hombro y comenzó a encender las velas.

—Nunca podría olvidar esas diecinueve horas de parto —comentó Lou—. Especialmente porque tu padre no pudo salir del campo hasta la hora dieciséis.

John Anderson se encogió de hombros, con una media sonrisa en su rostro arrugado.

—Fueron tiempos difíciles. Debía trabajar como un loco si queríamos comer.

—Gracias a Dios Diane estaba aquí y me llevó al hospital.

Declan gimió al escuchar mencionar a la tía Diane y agregó:

—No es de extrañar que Josh esté tan jodido. La tía Diane tuvo algo que ver en su nacimiento.

—Ja. Ja. Ja —dijo Josh.

Luego le cantaron *Feliz cumpleaños* y apagó las veintiocho velas.

Mientras cortaba el pastel con glaseado de chocolate, se maravilló de que fuera así de viejo y aún viviera en casa. Tenía que apurarse y encontrar a la mujer de sus sueños para poder reclamar su tierra.

Tal vez era hora de ir a la ciudad en búsqueda de una esposa.

—Declan, eres un encantador de animales. No sé cómo, pero te entienden —dijo Josh mirando a los caballos trotar detrás de Declan.

—Solo soy intuitivo.

Debían llevar a todos los caballos a otro campo. Era una tarea titánica, bastaba con que uno de los caballos se pusiera rejego para que el resto lo imitara. Josh esperaba que fuera un día duro para caer rendido a dormir en la noche.

Últimamente pasaba demasiado tiempo pensando en el trasero redondo de una mujer. Tenía al menos un mes de estarse masturbando con las fantasías más perversas.

—Tenemos un largo día por delante. Probablemente no debí haberme quedado despierto toda la noche.

Josh resopló.

—Aplaudo tu energía, hermano. En esta época del año solo me queda energía para comer. Me alegro de no haber encontrado esposa, no podría hacerla feliz... No tendría tiempo para nada.

Travis soltó una carcajada.

—Cuando estás enamorado lo encuentras.

Josh negó con la cabeza. Fuera como fuera, él estaba muy lejos de tener pareja. Encontrar a una mujer perfecta para él, como Lizzy lo era para Travis, sería como encontrar un unicornio entre la manada de caballos.

—Quería hablarte sobre tu casa.

—¿Qué pasa con eso?

—A menos que tomemos una semana completa para levantar las paredes y otra para el techo, no vas a tenerla lista antes del invierno. ¿Cuánto dinero tienes ahorrado? Porque vas a tener que contratar un equipo de construcción o alguien para el rancho y así nosotros podamos ayudarte un poco.

—Lo sé. La verdad es que no me puedo permitir mucho. La mayor parte del dinero lo he invertido en los materiales de la casa. Pero ya hablé con papá sobre eso.

—¿Qué te dijo?

Travis se frotó la mandíbula.

—Que se pensaría lo de contratar a una o dos personas. Siempre ha odiado la idea de tener extraños en el rancho.

—Lo sé y también pienso así, pero no veo otra opción.

—Va a ser complicado, pero les agradezco la ayuda. Al fin y al cabo, este solo debería ser mi problema...

—Ni lo digas, para eso estamos. Ya nos devolverás el favor cuando hagamos nuestras casas —bromeó.

—Aquí tienes, jovencita —dijo la señora García por encima del ruido.

Parecía que la mitad de la feria callejera estaba teniendo lugar dentro de la tienda de la esquina.

La mujer le pasó el viejo teléfono a Andrea.

La joven le dio las gracias. El cable del teléfono se extendía más allá del marco de la puerta. Andrea se llevó el auricular a la oreja.

—¡Mi niña! ¿Cómo estás?

Su padre la llamaba todos los meses sin falta, pero ese día con tanto alboroto se le hacía difícil escuchar.

—Papá, habla más fuerte. Hay mucho ruido. ¿Cómo estás?

—Bien, mi niña. ¿Cómo estás sobreviviendo?

La pregunta de su padre hizo que se le humedecieran los ojos. No lo había visto en un año y lo extrañaba terriblemente. A pesar de que estaba lejos, él todavía se ocupaba de ella, enviándole todo el dinero que podía.

Ni siquiera tenía un teléfono propio, en esos momentos tres comidas al día le resultaban un lujo.

—Estoy bien, papá.

No quería que él enviara más dinero. Un ayudante de rancho no ganaba mucho y él no tenía un trabajo fijo, sino que lo hacía cuando en algún rancho lo requerían.

Por supuesto, nunca le comentaba a su padre lo mal que la estaba pasando, aunque él debía de imaginarlo. El apartamento que alquilaba se estaba cayendo a pedazos, no siempre podía comer y encima vivía en la parte más peligrosa de la ciudad. Los homicidios nocturnos, el narcotráfico y las violaciones eran lo normal. Cada noche cerraba la puerta lo mejor que podía y rezaba para salir pronto de ese lugar sana y salva.

Ese repugnante de Mateo la acechaba cada vez más. La había invitado a tomar tequila con él y a asistir a una fiesta callejera. Tenía que apresurarse a llegar a su apartamento antes de quedar atrapada en las festividades y que Mateo la encontrara.

—¿Cómo has estado, papá?

—Bien, hija. Llamé para compartirte buenas noticias.

Podía imaginar su cara sonriente.

—Encontré empleo en un rancho —continuó—. En Texas. Está aislado, pero tienen mucho ganado y necesitan ayuda.

—¡Eso es bueno!

A ella tampoco le gustaba la idea de que su padre durmiera al aire libre y trabajara ambulando de un lado a otro. Los tiempos siempre habían sido difíciles para los dos. ¿Alguna vez tendrían vidas más fáciles? Sería bueno estar juntos también. Durante años había soñado con que él la llevara a los Estados Unidos.

Tenía que salir de esa ciudad, pero ¿cómo? No tenía dinero y el trabajo, honrado y digno, era muy difícil de conseguir.

—Tan pronto como tenga mi primer pago, te lo enviaré, Andrea. Todo.

—¡Papá, no!

—Sí, hija. No lo necesitaré. A donde voy hay una cama y tres comidas al día. Por lo que he oído, la señora Anderson, la señora del rancho, es una gran cocinera.

Ella sonrió, estaba a punto de echarse a llorar. Él había trabajado duro toda su vida para darle las pequeñas cosas que tenía. Su relación y la de su madre no había funcionado, pero ambos eran buenos padres y le habían dado lo mejor de sí. Él hombre había trabajado duro cada día de su vida y

parecía no ser compensado nunca.

Andrea no moriría sin conocer un mundo mejor.

—Asegúrate de tener todo lo que necesitas antes de enviarme algo —le dijo.

—No te preocupes por mí, mi niña. Tengo grandes planes esta vez. Voy a sacarte de allí, Andrea... Antes de que te pase algo.

Las lágrimas que había estado conteniendo se le derramaron. Ella apartó la cara para que nadie en la calle pudiera ver su batalla.

Manteniendo la voz firme, dijo:

—Eso quiero, papá.

—Espera... —la voz se le quebró—. El dinero te llegará dentro de un mes.

—Gracias. Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, mi niña.

Rápidamente se despidieron.

Parecía que en esa ciudad siempre se estaba celebrando algo. Sin embargo, las fiestas llegaban con precios elevados. Antes de que terminaran habría demasiados actos depravados que contar.

Se escabulló entre la multitud, mirando por encima del hombro. Si Mateo no la seguía, alguien más podría hacerlo. Se metió en un callejón y dejó atrás a una pareja teniendo sexo en media calle.

¿Podría su padre realmente hacerlo esta vez? Sacarla de México y llevarla a los Estados Unidos. Lo habían intentado antes y no había funcionado. Habían gastado un dineral haciendo los trámites y al final no había calificado. Los rumores y los informes de prensa decían que muchos ciudadanos estadounidenses no veían con buenos ojos la concesión de la ciudadanía a personas como ella. ¿Pero qué tenía ella allí?

Malas condiciones de vida y soledad.

Soñaba con correr hacia los brazos de su padre y ser levantada y girada como lo había hecho cuando era una niña.

Mientras cerraba la frágil puerta de su casa, respiró profundamente para no sentir el constante miedo que la asechaba. No tenía más remedio que confiar en su padre. Con un poco de suerte, pronto tendría buenas noticias y no tendría que hacer algo drástico y desesperado.

Josh acunó su termo de café caliente y se apoyó en la barandilla del porche. Sus hermanos estaban adentro, saqueando la despensa en lo que llamaban «primer desayuno». Hacía mucho tiempo Lou había dejado en claro que no era bueno despertar antes de que los gallos cantaran y mucho menos irse con el estómago vacío. Así que siempre había galletas, pan y café para el primer desayuno. Y luego el segundo consistía en uno succulento y enorme con huevos, beicon, queso y todo lo que Lou encontraba a su paso.

Declan salió al porche, cerrando silenciosamente la puerta detrás de él.

—¿No tienes hambre? —preguntó, sorprendido.

—Tengo un par de barras de granola.

—Pensé que odiabas esas cosas.

Josh no respondió, solo asintió y luego bajó los escalones del porche y atravesó el patio hasta el granero. Adoraba esa hora del día. El aire frío y la delgada franja de luz en el horizonte. Era un momento en el que un hombre podía hacer las paces consigo mismo.

La noche anterior había estado despierto durante horas. Desde que Travis encontró a Lizzy, Josh había estado más inquieto. Por supuesto, estaba listo para arar su pedazo de tierra y poner suficientes corrales para albergar la cantidad de caballos que deseaba. Pero si era honesto, quería una mujer.

Alguien blando en sus brazos. Cuando veía a Lizzy sonreír por algo que decía su hermano, se preguntaba qué sentiría él al verla así y se le encogía el corazón al imaginarlo.

Luis Gonzales salió del granero, sudando por el trabajo.

—No hay necesidad de comenzar antes de que salga el sol —le dijo Josh, sacando las barras de granola del bolsillo trasero de su vaquero. Se los pasó al nuevo ayudante del rancho, quien los aceptó con un gesto de agradecimiento.

—Me gusta hacer el trabajo por el cual me pagan.

—Bueno, entonces mañana ven a la casa para el primer desayuno. A mamá no le gusta que nos vayamos a trabajar con el estómago vacío.

El ayudante había estado en el rancho por poco más de una semana y todavía se sentía un poco extraño. Si bien era un caballo de batalla para John, aún no se sentía tan cómodo con los chicos Anderson. Era demasiado formal y correcto. Parecía andar de puntillas, como si temiera cometer un error y que ellos lo echaran.

—Lo aprecio, Josh. Quizás mañana.

—Es en serio, hombre. Compartiré mis barras de granola, pero no compartiré mi café ni mis galletas. Además, sé lo difícil que es arrojar tus huesos doloridos sobre la cama del establo.

La pequeña habitación estaba limpia, pero la cama no tenía un colchón de lujo. Josh había dormido allí durante un año de adolescente, negándose a compartir su habitación con Declan.

Luis asintió con una sonrisa. El hombre era delgado y nervudo de músculos, pero Josh lo había visto sin camisa unos días atrás y no le gustaba lo flaco que estaba. Era más que obvio que no se alimentaba bien y trabajando en un rancho eso era algo más que necesario.

—Tenemos mucho que hacer hoy —dijo Josh.

—Sí, señor. Hay un montón de vacas por marcar.

—Sí, pero sacarlas de la manada es un dolor de culo.

En silencio se dirigieron hacia los caballos y los ensillaron. Luis hizo algunas preguntas sobre el rancho y Josh las contestó. Tenía que admitir que el hombre trabajaba bien.

Unas fuertes zancadas resonaron. Travis y Declan iban a unírseles para empezar a trabajar.

—Hola, Luis —saludaron los hermanos.

Minutos después todos los hombres salían a por un duro día de trabajo. Luis trabajó junto a Josh. No por órdenes de nadie, sino porque se sentía más cómodo con él.

Josh estaba concentrado en el trabajo. El ritmo del rancho aliviaba la inquietud de la noche anterior. El sonido y los olores de las vacas funcionaban como un bálsamo. Estaba contento por eso. No le gustaba esa sensación de deseo ardiente. Se preguntaba si eso era lo que Travis había sentido mientras esperaba que Lizzy apareciera.

Se detuvo y desmontó. Luis frenó a su lado.

—Aquí hay una valla suelta.

—Sí. —Josh plantó sus manos en sus caderas y observó el panorama—. Parece que algún animal saltó y se llevó la cerca.

Luis asintió.

—¿Crees que perdimos una vaca?

—No lo sé. Es difícil que una vaca pueda saltar tan alto.

—Podría haber sido un ciervo.

—Sí. Aquí nunca se sabe. Tendremos que venir a repararla después.

Volvieron a sus caballos.

Tras dos horas de búsqueda, Luis encontró al animal entre un grupo de arbustos. Josh desenganchó su cuerda y de un solo movimiento lazó a la vaca que los había tenido todo ese tiempo tras ella.

Luis soltó un silbido aprobatorio. Josh sonrió. Era la primera vez que Luis mostraba personalidad.

—¡Vaya, tienes buena mano! —dijo el hombre.

Mientras se dirigían al establo, Luis dijo:

—Al menos no perdimos una de las vacas.

Josh soltó una breve carcajada.

—Sí, pero nos hizo perder el desayuno. Estoy muerto de hambre.

Luis afirmó con la cabeza.

—Cuéntame de ti, Luis. ¿Tienes esposa, hijos?

—Mi esposa murió hace algunos años.

—Lo siento.

—No estábamos muy bien cuando pasó. Tuve que venirme de México para buscar trabajo aquí. Pasamos más tiempo separados que juntos, pero la quería.

—Una vida dura...

El hombre suspiró.

—Siempre lo es para los vaqueros.

Josh asintió. Había puesto toda su vida en el rancho, pero nunca dejaba de pensar lo difícil que era. Le encantaba, por supuesto, trabajaba para un futuro mejor para él y su familia. Luis no tenía eso.

—Tengo una niña, sin embargo —retomó el hombre—. Una pequeña belleza al otro lado de la frontera

—¿Sola? —se sorprendió Josh.

—Sí. —La voz de Luis se rompió y Josh notó que la carga que el

hombre llevaba en su interior era más pesada de lo que había imaginado—. Prometí traerla cuando su madre murió, pero no he podido hacerlo.

Cuando llegaron al establo y Luis se bajó de su caballo, sus hombros se desplomaron mientras conducía a la vaca a un corral vacío.

Josh desmontó su caballo y lo dejó libre en uno de los prados.

—Lamento tus problemas, hombre. La vida es dura.

Él asintió, cabizbajo. Parecía mucho más viejo que hacía una hora.

Josh le puso una mano en el hombro y lo apretó.

—Si hay algo que pueda hacer por ti cuenta conmigo y con mi familia.

El hombre lo miró de par en par y tomó su mano.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto, para eso estamos.

—Usted es un buen hombre. Encuentra a los animales perdidos, es buen lazador, trabaja duro...

—Es mi trabajo.

—Sí, pero no lo es traerme comida extra. Cuidas a un viejo. Quizás también podrías cuidar a mi hija.

La confusión se dibujó en el rostro de Josh. Trató de retroceder un paso, pero Luis no lo dejó. Sus ojos brillaban con una fiebre que hacía sonar campanas de alarmas en Josh.

—Eres un buen hombre. Joven, saludable y soltero. Vienes de una familia respetada. Podrías casarte con mi Andrea.

El joven sacudió la cabeza.

—¿Qué demonios? No voy a casarme con nadie.

Luis se arrodilló ante él. Sus ojos ardían de desesperación.

—Ella está atrapada en un infierno. Vive con muy poco dinero en una ciudad peligrosa. Y está sola. Es solo cuestión de tiempo para que algo malo le suceda. Tú podrías ayudarla. Cásate con ella y dale la ciudadanía.

Josh levantó al hombre por el cuello de la camisa, dándole una fuerte sacudida.

—Estás demente.

—No, solo soy un padre desesperado. No tiene que ser una boda real, solo para que ella pueda entrar al país. Andrea es una buena hija, una chica hermosa y digna.

Buscó a tientas en su bolsillo trasero y sacó la billetera. La abrió y

sacó una foto arrugada con los bordes desgastados.

La garganta de Josh se cerró al ver al hombre con lágrimas en los ojos observar a la chica de la foto, con el anhelo de darle una vida mejor.

Lo conmovía, pero él no era el hombre indicado para ese trabajo. Además, ¿qué edad tenía esa chica? ¿Era eso legal?

Luis empujó la foto bajo la nariz de Josh. Elegantes ondas marrón oscuro se deslizaban sobre los hombros de la chica que eran del color del caramelo.

Josh no pudo evitar acercarse un poco, tratando de observar mejor el brillo de sus ojos y la plenitud de sus labios.

Después dio media vuelta y caminó hacia la casa.

Luis trotó junto a él.

—Ella es hermosa, ¿verdad?

—Sí, lo es. Pero no es para mí.

—Señor, por favor... Ella sería una buena esposa para usted. De verdad, es una buena mujer...

—No tienes forma de saber eso. Y estamos en el siglo XXI, ya no se arreglan los matrimonios. Más te vale que olvides esto. Siento mucho tu situación, pero no puedes pedirme semejante locura.

Luis retrocedió, jadeando, con una mano sobre su pecho agitado. ¿Iba a colapsar?

—En serio, debes encontrar otra forma de ayudarla.

Luis dejó la foto en la palma de la mano de Josh.

—Solo déjate la foto y... piénsalo.

Con el corazón latiendo fuertemente Josh cerró su mano alrededor de la foto. El hambre se le había ido ya.

—Entra y come. Mamá debe estar esperando.

El hombre pareció encogerse en su ropa, la derrota se apoderó de él.

—Bien. Solo piense en ello, Josh. Sé que tiene un buen corazón.

Josh ladeó el martillo y golpeó el tablero, otro golpe y casi hizo que la cabeza atravesara la tabla.

—Joder, ¿a qué se debe esa fuerza bruta? —preguntó Travis.

—Pensé que la madera era más dura —murmuró.

Travis se rio entre dientes.

—Sí, claro. —Miró hacia la casa principal—. Creí que Declan vendría a ayudar.

—Supongo que tuvo una larga noche en Vixen.

—¿Qué demonios hay en Vixen además de la cafetería, el mercado, la estación de servicio y la escuela?

Josh hundió otro clavo.

—Gente.

—¿Está cazando esposa en Vixen?

—Eso parece.

—Supongo que Vixen es un lugar tan bueno como cualquiera para buscar a una mujer.

Josh terminó la sección de pared que estaba construyendo al tiempo que Travis lo hacía con la de él. Retrocedieron e inspeccionaron su pequeño progreso.

—Otro millón de horas y tendremos tu casa construida, hermano.

—Ni lo digas —suspiró—. Voy a tener que pedirle al banco un préstamo más grande. Necesito contratar gente.

—¿Vas a instalarlos en el granero? Nadie conducirá hasta aquí todos los días.

Travis negó con la cabeza.

—No sé qué más hacer. Tal vez ahora que Luis nos ayuda, puedas pasar unas horas más aquí conmigo.

Josh se puso rígido. No quería hablar con Luis, ni hablar de él y mucho menos pensar en lo que había sucedido.

—¿O tal vez prefieras pasar tu tiempo libre en Vixen también?

—No. —Josh se puso a trabajar—. No puedo imaginar muchas chicas para elegir en Vixen. Las que fueron compañeras de la escuela han huido a pastos más verdes. El resto están casadas o reciben beneficios de la seguridad social.

—Declan dijo algo acerca de un nuevo programa de estudios para personas de bajos recursos que no pudieron terminar la secundaria.

Josh inmediatamente pensó en Andrea. Tenía su foto en el bolsillo trasero. ¿Por qué la había colocado allí?

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó finalmente Travis.

Se sentó en cuclillas y se quitó el sombrero.

—¿Qué hubiera pasado si el papá de Lizzy te hubiera pedido que la ayudases?

Travis sacudió la cabeza como un caballo al darle dos órdenes diferentes.

—Su padre no tendría ni que pedírmelo. Haría cualquier cosa por ella.

—No, eso no es lo que quiero decir. Quiero decir... Joder. Te lo diré. Luis me preguntó, no, prácticamente me suplicó, que me casara con su hija para sacarla de México.

Travis quedó en shock.

—¿Para darle la ciudadanía?

—Sí.

—Bueno, la respuesta fue no, ¿verdad? No puedes amarrarte a una mujer que no conoces de por vida.

El pecho de Josh se estrechó. Sí, ¿qué estaba pensando? No podría vivir con alguien que no conocía...Porque tenía claro que los Anderson si se casaban era para siempre.

—Josh, ni siquiera deberías estar contemplándolo. Es una locura.

—Lo sé, lo sé... Es solo que está viviendo en malas condiciones, en una ciudad peligrosa. Y hay poco dinero. Me siento mal, eso es todo.

—Ella no es una vaca perdida que encontraste y trajiste a la manada. No sabes cómo es, siquiera. Tal vez odiarías su risa. O está loca.

—Todo el mundo está un poco loco, Travis.

—Podría dedicarse a sacrificar animales y ofrecerlos a los dioses o algo así.

—Ves demasiadas películas. Además, Luis es normal. O tal vez no. Al fin de cuentas, le ha pedido a un desconocido que se case con su hija.

Pero solo un padre desesperado haría tal cosa. Josh no podía imaginar lo que Andrea realmente debía estar enfrentando para que su padre estuviera tan desesperado.

—Podría ser muy fea también.

—No lo es.

Sacó la foto de su bolsillo y se la dio a Travis, quien silbó entre dientes.

—Es una belleza, no hay duda. ¿Por qué te lo pidió Luis?

—Dijo que algo sobre que soy un buen hombre y la forma en cómo

trato a las personas y los animales. —Se encogió de hombros.

Travis le devolvió la foto.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a construir esta casa para ti y tu esposa.

—Sobre la hija de Luis, quiero decir.

—Te diré lo que no voy a hacer. No me voy a casar en un futuro cercano.

Pero, ¿no era esa la condición que sus padres le habían impuesto para recibir su parte del rancho?

—¡Andrea, hay un paquete para ti!

Una niña entró corriendo al apartamento de Andrea a través de la puerta que había abierto para recibir un poco de brisa y no morir de calor. Ella levantó la vista de la ropa que estaba fregando.

—Nena, gracias por traerlo. Pero será mejor que regreses a casa antes de que oscurezca. No te entretengas.

Abandonó su ropa y se secó las manos con un trapo. Luego buscó una moneda para la niña a la que se le agrandaron los ojos cuando se la tendió.

—Ve, cómprate algo lindo. ¡Y sé rápida!

Pronto tendría que volver a echar el cerrojo de la puerta.

La niña le dio las gracias y empujó el delgado paquete hacia ella, luego desapareció. Andrea la miró irse, preguntándose si alguna vez tendría una familia propia. A este ritmo seguramente no. Tendría suerte si conseguía un entierro honroso.

Anoche, Mateo había golpeado su puerta hasta el amanecer, pidiéndole que saliera. Ella había permanecido en silencio, acurrucada contra la puerta por si él intentaba patearla. La última media hora la había maldecido llamándola puta y cosas peores que ni siquiera quería recordar.

Pasó los dedos sobre el sobre marrón acolchado. Esperaba que al menos contuviera lo suficiente como para que pudiera mudarse a otra parte de la ciudad donde Mateo no supiera de ella.

Antes de abrir el paquete, acarició las marcas y la tinta espesa que su padre había usado al escribir su nombre. Su corazón latía rápido con una excitación salvaje que no había sentido en mucho tiempo. Por lo general, papá enviaba un sobre delgado. ¿Qué tenía para ella esta vez?

Volviendo el paquete, se lo llevó a la nariz. Por supuesto, solo olía a

papel y no a los aromas que asociaba con su padre. Su corazón se aceleró cuando el pegamento cedió. Metió la mano dentro y los papeles le cosquillearon las yemas de los dedos.

Con un estallido de ansiedad rompió el paquete. Con las manos temblando, examinó lo que su padre le había enviado.

Una carta, un sobre grueso que debía ser dinero en efectivo. Y un boleto de avión.

Soltó un sonido ininteligible. Había pasado tanto tiempo desde que no se sentía feliz. Desde que su madre murió había construido gruesas paredes a su alrededor. Ya no se impresionaba por las pequeñas cosas buenas, porque sabía que las malas pesaban demasiado en la balanza. Pero viendo el boleto no pudo evitarlo.

Se puso los papeles sobre el pecho y sollozó desde el fondo de su corazón. Temblando, bajó las manos y miró las palabras borrosas a través de las lágrimas.

Solo unos días más para que estemos juntos, hija. Guarda este dinero y el boleto. Te estaré esperando cuando aterrices en los Estados Unidos.

Dios, estaba sucediendo. Por fin. Su padre lo había conseguido. Podría tener mejor comida, agua limpia y quedarse dormida sin temer por su vida. Rápidamente contó los días. Nueve. Parecía tanto tiempo. Había sobrevivido mucho más que eso.

Una ráfaga de viento agitó los papeles y recordó la puerta abierta. Dentro de unos días tendría la libertad y la promesa de una vida mejor. Podía encontrar trabajo, incluso si limpiaba la casa de alguien o trabajaba lavando platos sería dichosa. Era bilingüe y estaba segura de que eso le facilitaría las cosas.

Se levantó para cerrar la puerta. Felices lágrimas corrían por sus mejillas mientras guardabas los papeles en el sobre y los escondía debajo de la caja de madera que su madre había usado para guardar las cosas importantes. Cuando se fuera tendría que abandonar esa caja y eso le dolía, pero su madre lo habría entendido.

Josh recorrió la sala de equipaje una y otra vez. La gente se arremolinaba a su alrededor: hombres de traje, turistas, familias que venían de vacaciones.

Él se sentía como un pez fuera del agua, incluso ya había notado como unas adolescentes le lanzaban risitas y “disimuladamente” le tomaban fotos con sus móviles. Y cuando había pasado a su lado las había escuchado murmurar:

—Joder, es un vaquero buenazo como los de los libros de mamá. De esos que follan duro sobre una paca de heno.

Por Dios, en la vida había tenido sexo de ese tipo. Aunque no le disgustaba la idea, pero no estaba como para andar pensando en eso.

Se encogió de hombros y se concentró en la gente que salía por la puerta.

Había memorizado la foto de Andrea. Los bordes ahora estaban aún más desgastados de tanto que había visto la imagen. La mujer era hermosa y había algo suave en sus ojos que acariciaba las fibras del corazón de Josh.

Si Luis no hubiera ido a suplicarle a su padre, él no estaría allí.

John había estado a punto de darle un préstamo al hombre. Pero Josh los había interrumpido y tirando de Luis fuera de la oficina de John le había gritado como si estuviera comprando un caballo en una subasta:

—Acepto.

—¿Qué?

—A Andrea. Me casaré. Ella necesita papeles y un buen hogar. Yo necesito una esposa para tener mi tierra.

—¿Estás seguro de esto? Me apresuré en pedirte que consideraras lo de casarte con ella. Sé que es una locura y bueno... realmente no tienes que hacer esto...

—Tener una esposa no debe ser más difícil que cuidar del ganado. Además, es muy hermosa.

Una luz de consciencia había brillado en los ojos de Luis ante la honestidad de Josh.

La foto pareció chamuscar su bolsillo trasero y su corazón latió más rápido. Estaba a punto de dar un gran salto al vacío. ¿Y si Travis tenía razón? Andrea podía ser un desastre. ¿Podría vivir con alguien que no le gustaba?

En el fondo de su bolsillo delantero había dos alianzas de oro blanco y un anillo de compromiso de diamantes de corte cuadrado. Mientras atravesaba la ciudad más grande, se había detenido para elegirlos en una joyería, pero aún no había planeado la cuestión. Necesitaba conocerla primero.

El viaje a casa debía ser lo suficientemente largo como para hacerlo bien. Para cuando estuvieran en El Rancho Anderson, estaría lo suficientemente cómodo como para pedirle la mano.

Miró a su alrededor y casi se atragantó. Santa mierda. Trató de aclarar el ardor en su pecho.

Andrea estaba allí, su cabello oscuro caía en ondas brillantes sobre sus hombros y pechos. Parecía pequeña y asustada, con los ojos muy abiertos. Probablemente buscando a su padre. Luis le había escrito que la recogería en el aeropuerto.

Con un zumbido en los oídos, Josh se abrió paso entre la multitud. Cuanto más se acercaba, más nervioso se sentía. Sus hombros eran tan angostos y su cuerpo tan delgado. Diablos, ella no debía de comer mucho. Su madre la engordaría en poco tiempo, no tenía dudas.

Se detuvo frente a la belleza latina. Maldita sea, apenas le llegaba al hombro.

Esa pequeña mujer sería su esposa.

Bueno, podía rechazarlo.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Apenas pudo hacer que sus pulmones funcionaran cuando se encontró con su mirada oscura. Mucho más llamativa que en la fotografía.

—¿Andrea Gonzales?

Dios bendito, ni siquiera le había salido la voz.

—Sí —asintió.

—Soy Josh Anderson. Tu padre me envió a buscarte.

Ella lo miró con la desconfianza dibujada en cada uno de sus exóticos rasgos.

Él bajó la voz como si calmara a un animal.

—Puedo darte pruebas de que él me envió.

—¿Cuáles?

Su tono estaba mezclado con algo más duro, una nota de frialdad y acero. Josh buscó la foto y se la puso en la palma de la mano. Ella la miró como si estuviera mirando el nido de una serpiente. No quería imaginar las razones por las cuales era tan desconfiada.

—¿Dijiste que eras un Anderson?

—Josh Anderson.

—Tu padre mencionó que trabajaba para ti.

—Para mi familia.

—¿Por qué no vino él?

Porque tú y yo tenemos asuntos que atender.

Mientras pensaba en su propuesta como una transacción comercial, su cuerpo reaccionó al de ella. Podía ser frágil, pero tenía todas las curvas que a él le gustaban en una mujer. Cintura pequeña, pechos medianos y unas caderas que encajarían perfecto en las manos de un hombre.

—Lo necesitaban en el rancho, así que vine yo.

No era totalmente una mentira.

Ella lo miró a los ojos, con los labios ligeramente separados. Una punzada de lujuria lo golpeó, tan fuerte que casi gruñó. Miró su boca como a una fruta madura.

En tiempo record tuvo una erección. Rezó para que no se le notara.

De alguna manera tenía que convencerla de que lo acompañara. ¿Cómo demonios había hecho Travis para meter a Lizzy a su camioneta después de encontrarla en la carretera? Josh nunca se lo había preguntado. Claramente necesitaba algunos consejos sobre cómo lidiar con una mujer nerviosa y desconfiada.

—Mi camioneta está afuera. Te llevaré directo a casa.

Eso sonaba extraño y perfecto a la vez. Maldición, ¿qué le estaba pasando? En efecto era bella, pero ya había conocido otras mujeres bellas. Definitivamente haber llevado su foto durante dos semanas lo había estrechado a ella, como si la conociera de mucho tiempo atrás.

Como si le perteneciera.

Cuando ella no respondió, hizo un gesto hacia el carrusel de equipaje.

—¿Esa bolsa estampada es la tuya?

Era la maldita maleta más fea que había visto. En realidad, le dolía mirarla, pero sonrió amable.

—*Sí* —dijo en español—. Quiero decir, sí —se corrigió, pronunciándolo en inglés.

Una vez que llevara el apellido Anderson tendría un poco de choque cultural.

Su cuerpo estaba siendo bastante consciente de una parte del trato: la cama matrimonial. Con demasiada facilidad podía imaginarse tumbándola en un colchón suave, extendiendo su pelo oscuro sobre las sábanas y

hundiéndose en ella.

Volvió en sí mismo y fue por la maleta. Cuando regresó junto a ella captó un brillo en sus ojos. Podría ganarse su confianza, después de todo.

Dulce madre de todo lo santo, el vaquero frente a ella era impresionante. No caminaba; se pavoneaba, sus músculos se tensaban como los de un animal depredador. Gracias a Dios era una mujer que sabía vivir sin darse gustos, porque de lo contrario le habría mirado la entrepierna más de una vez. O tres.

Su camisa estaba enrollada sobre sus gruesos antebrazos, fuertes por el trabajo duro y salpicados de algunas pecas.

El sombrero estaba muy bajo y Andrea quería empujarlo hacia atrás para poder mirar su rostro por completo y sobre todo sus ojos. El alma de una persona podía descubrirse allí y ella necesitaba verlos para poder confiar en él. Sin embargo, a pesar de eso era obvio que era guapísimo y que poseía unas facciones masculinas de esas que derretían a cualquier mujer.

Sí, Josh Anderson era un dios de un hombre. Y quería que ella se fuera a casa con él.

Levantó su maleta como si pesara tanto como una bola de algodón.

—Mira, puedo ver que desconfías de mí, pero tu padre no me habría enviado si no confiara en mí. Te quiere mucho y no se cambia por nadie en estos momentos, ¿sabes?

Mirando la cara de Josh, notó las líneas alrededor de sus ojos y boca. Ese hombre se reía a menudo. Y lo que lograba ver de su mirada no le infundía miedo. De hecho, se sentía un poco demasiado cálida.

—¿Quieres llamarlo?

Buscó en su bolsillo trasero el móvil.

—No. Mi padre te envió y si lo hizo fue por algo.

Josh dibujó una sonrisa torcida en sus labios y cada uno de los huesos que obligaban a Andrea a resistirse se derritieron. Sintió ganas de flaquear.

—Vámonos.

Con esa orden, se giró y se alejó entre la multitud.

Ella lo miró fijamente. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Desde cuándo los hombres la hacían sentir así?

Sacudió la cabeza y se quedó boquiabierta al darse cuenta de lo que estaba pasando. Un momento... ¿Todos los vaqueros eran tan seguros de sí mismos? ¿Creían que con solo dar una orden a una mujer ella iría detrás como un perrito? Frunció el ceño y lo fulminó con la mirada, sin embargo, eso fue exactamente lo que hizo.

Corrió tras él para ponerse a su lado, con la mala suerte de que él le sonriera e hiciera que sus rodillas se debilitaran de nuevo.

—¿Necesitas usar el baño antes de irnos?

—No.

—¿Tienes hambre? Con mucho gusto te invitaré a comer algo.

Apuntó con la barbilla hacia un café. El olor celestial le produjo un calambre en el estómago, pero ella negó con la cabeza.

—No, gracias.

—Bueno. Nos detendremos al menos una vez antes de llegar al rancho, por si cambias de idea.

—Aprecio tu amabilidad.

La miró divertido y aminó el paso para que ella pudiera seguir su ritmo más fácilmente.

—Tienes un buen inglés.

—Es bueno escucharlo. Mis padres se preocuparon mucho para que lo aprendiera.

Cuando llegaron a las puertas de cristal, él abrió una y la sostuvo para ella. Pasó rozando su cuerpo. Entre la emoción de embarcarse en su nueva vida y el vaquero sexy se sintió un poco intoxicada. Todo era demasiado bueno ahora.

La camioneta era tan rústica como el hombre. Él le abrió la puerta, ella se deslizó en el asiento de cuero y metió las manos bajo las rodillas ya que no tenía idea de dónde ponerlas.

Algo cálido se deslizó en su vientre mientras Josh rodeaba la camioneta y se ponía detrás del volante.

—Es muy diferente al lugar del que vengo.

Josh asintió con una sonrisa.

—Eso he oído.

Salieron del estacionamiento y una vez en la carretera el viento le

llevó su aroma. Oía a... No tenía ni idea de a qué, pero definitivamente era a hombre.

—¿Qué te dijo mi padre sobre mí?

—Lo suficiente como para saber que tenía que ayudarte a cruzar la frontera.

Ella se puso seria. ¿Josh tendría algo que ver con que ella estuviera allí? ¿Había pagado por su viaje?

Ante sus ojos apareció una carretera de muchos carriles y se preguntó cómo sabía él cuál elegir.

—Siéntate y disfruta del viaje. Tenemos algunas horas por delante. —La miró con esa sonrisa que parecía imborrable y que la ponía nerviosa—. Y bienvenida a Texas, Andrea Gonzales.

Sus palabras arrastradas crearon una nueva calidez en su vientre.

—Conoces a mi padre hace muy poco.

Andrea parecía tan tensa como un becerro perdido. Los anillos en el bolsillo de Josh parecían hacerse más pesados conforme se acercaban al rancho.

—El tiempo suficiente para saber que es un buen trabajador.

Ella enderezó sus hombros.

—Sí, lo es.

—Ha pasado un tiempo desde que lo has visto.

—*Un año* —murmuró en español—. Quiero decir, sí.

—No necesitas corregirme frente a mí.

—Gracias. ¿Sabes dónde me quedaré? ¿Hay un hotel cerca de tu rancho?

Ante eso, a Josh se le escapó una carcajada.

—Vivimos bastante aislados. Si estás buscando un hotel, necesitarás quedarte aquí.

Hizo un gesto hacia una salida interestatal.

—Oh. ¿Me quedaré en tu rancho entonces? Cuando papá me envió el boleto no explicó gran cosa.

Demonios, sí, ella se quedaría en el rancho. Y él deseaba que fuera en su cama.

Por supuesto, dormiría en el sofá. A pesar de la atracción que le provocaba, no la presionaría por los derechos conyugales. Con suerte, con el

tiempo aprenderían a convivir.

Él la miró de soslayo. Ella le devolvió la mirada.

—Mira, Andrea. Tu padre no quiere que vuelvas a México nunca.

—Mmm... yo tampoco quisiera volver —su mirada se apagó.

—Por el momento tu estadía es legal, pero tu visa es temporal y cuando caduque, no podrás quedarte.

El pánico cruzó su rostro.

—Trabajaré y obtendré una visa de trabajo.

—Podrías hacer eso, sí. Pero nunca es seguro. El país recibe muchas personas como tú y solo un pequeño porcentaje la consigue. Sin embargo... hay otra manera.

Maldita sea, ¿debería detenerse para darle el anillo? Le parecía una tontería arrodillarse a proponerle matrimonio a una mujer que no conocía.

Pensó que tendría una hora más o menos para hacer la pregunta, pero ¿por qué esperar? Terminar con eso e ir a un juzgado de inmediato era lo más práctico.

—¿Cuál?

—Un trato.

—¿Un trato?

—Bueno, esperaba que pudiéramos hacer un trato. Tú y yo.

Se detuvo, ¿era así como quería que ella recordara su propuesta de matrimonio?

—¿Qué tipo de trato?

Se puso tensa como si tuviera una varilla clavada en la espina dorsal. Llevaba la preocupación sobre sí como una capa pesada.

Demonios, no podía pedirle que fuera su esposa viéndola tan asustada.

—Esperaba que pudiéramos ser... —Tragó con dificultad—. Pues... eso... —Ella lo miró con extrañeza—. Mmm... amigos...

—Eh... Bien. —Sonrió, aunque sus ojos no brillaban—. Claro.

Josh se limpió el sudor de la frente.

—Maldición, eso no es lo que quise decir. Quiero decir, sí, quiero que seamos amigos. Y... algo más.

Se metió la mano en el bolsillo delantero, desviándose dentro de los límites de su carril, y le mostró el anillo de compromiso.

Ella contuvo la respiración, mirando su mano con el terror más puro.

Josh detuvo su camioneta y se giró para mirar a Andrea.

Ella se apartó todo lo que pudo.

—¿Qué me estás pidiendo? —su voz se tambaleó.

—Lo siento. Estoy haciendo esto realmente mal. Lo que quiero decirte es que necesitas la tarjeta verde y la forma más rápida de conseguirla es casándote con un estadounidense.

—*Dios mío...*

—Solo soy un vaquero, no tengo dinero ni puedo ofrecerte lo mejor, pero soy muy trabajador y tendré un terreno pronto. Mis hermanos dicen que soy gracioso a veces y no pierdo los estribos fácilmente. Creo que puedo ser un buen esposo para ti.

—*Ya decía yo que era demasiado bueno para ser cierto.* —Alzó las manos en el aire y chilló—: ¡Nosotros... no nos conocemos!

—Aún no, pero me gusta lo que veo... Espero que a ti también.

Ella se ruborizó, Josh sintió un chispazo de alegría al darse cuenta que tampoco era inmune a él. Tal vez podrían tener un buen matrimonio, después de todo.

Sostuvo el anillo de compromiso en alto, listo para deslizarlo en su lugar si ella aceptaba.

—Andrea Gonzales, ¿serás mi esposa?

—Es Andrea Gonzales Alfaro —dijo en voz baja.

La sonrisa ensanchó el rostro del vaquero.

—¿Ves? Ya nos conocemos mejor.

Con torpeza colocó el anillo en su dedo.

Extendiendo la mano, deslizó los dedos sobre su mejilla. Era seda contra su piel áspera por el trabajo. Pasó un dedo por su mandíbula, consciente de lo delicada que era.

—Voy a besarte.

Su tono tranquilo sonó más descontrolado de lo que él quería.

Ella no se movió, solo lo miró de par en par. Cuando se inclinó, ella no movió ni una pestaña. Su instinto le decía que la tocara.

Había estado pensando en eso durante dos semanas.

Muy lentamente, rozó su boca con la de ella. Andrea no se acercó para aumentar la presión del beso, pero tampoco se apartó para darle una bofetada.

Era tan suave y dócil

Josh se sentía mareado. Retirándose lentamente, permitió que una sonrisa torcida se deslizara en su rostro.

—¿Es un sí?

Ella se hundió en el asiento y desvió la mirada.

—Dilo, Andrea.

—¿Tengo que convencerte más? Por favor di que sí a más besos.

Un incendio forestal recorrió su sistema. Tenía ganas de agarrarla y tirar de ella en su regazo. Le importaba un carajo que fueran extraños.

Se inclinó un poco y hundió los dedos en su cabello. Sus miradas se cruzaron.

—Tienes unos ojos preciosos —dijo un segundo antes de volver a reclamar su boca.

Ella no le había arrojado el anillo a la cara, así que debía significar que se lo estaba pensando.

Aprovechándose, deslizó su lengua en los labios de ella. Dios, sabía a cerezas y mujer pura. La necesidad de acercarse se intensificó.

Ella puso una palma contra su pecho para apartarse.

—No... no estoy segura de esto.

Él se acomodó en su asiento, dándole espacio.

—Debe parecer muy extraño para ti. Un extraño te recoge en el aeropuerto y te lleva a la camioneta solo para pedirte que te cases con él. Luego te besa de esta forma tan horrible... Lo siento. También es raro para mí.

Ella lo miró boquiabierta.

—No fue horrible —se le escapó de los labios.

Su ardiente respuesta solo arrojó más leña sobre el fuego. El arqueó una ceja.

Ella comenzó a quitarse el anillo, pero Josh la sujetó por la muñeca. Sosteniéndole la mirada, dijo:

—Solo piénsalo. Aún no hemos llegado a casa.

—¿Qué? ¿Piensas casarte conmigo antes de llegar al rancho?

Cuando él no respondió, ella dijo en español:

—*Gringo cabrón*. ¡Oh, claro que lo pensaste!

Josh se encogió de hombros y volvió a ponerse en marcha.

—No negaré que lo pensé. Pero, en mi defensa, solo tenemos tres días para obtener una licencia de matrimonio. Sin embargo, planeo anunciarlo a nuestras familias tan pronto como estemos en el Rancho Anderson.

—¿Eres tan arrogante que crees que puedes hacer todo lo que quieres sin preguntar?

—Pregunté.

—No he dicho que sí.

—No, pero lo harás. Andrea, tus días en los Estados Unidos con esa visa temporal están contados. Sin mí serás deportada antes de que si quiera consigas los papeles para la tarjeta verde.

Sonaba como un verdadero idiota, pero le estaba dando la información tal cual era.

Ella hizo un ruido de disgusto y Josh le echó un vistazo para ver sus ojos destellantes. Se veía malditamente hermosa cuando estaba enojada.

—¿Papá sabe de tu loco plan?

¿Debería decirle que fue sugerencia de su padre? No, sería mejor que no empeorara las cosas.

—Sabe que estás mejor en los Estados Unidos y esta es la forma más fácil de lograrlo.

—¿Te obligó a pedirme que me casara contigo?

—Nadie puede obligarme a hacer algo que no quiero, Andrea.

Ella cruzó sus brazos, sus ojos disparaban chispas.

—Tampoco a mí.

Maldita sea, ¿debería decirle que él también se beneficiaría con ese trato? Suspiró.

—Está bien, no estoy siendo totalmente honesto contigo.

—*¡Ajá, lo sabía!* ¿Qué escondes, gringo?

Se le estrechó el pecho al ver su temperamento.

—Acercas de esa tierra de la que hablé... Bueno todavía no es mía.

—¿Eres tan mentiroso como arrogante?

Perdiendo su paciencia, él la miró fijamente.

—La tierra es mía. Solo que todavía no. Hay condiciones establecidas para recibirla.

—¿A qué te refieres?

De repente, quería que esto funcionara, solo para poder conocerla mejor. Hasta ahora le gustaba.

Suspiró otra vez. No había una manera de contestar a su pregunta sin que sonara mal.

—Necesito una esposa para establecerme en esa tierra.

Andrea no se había esperado semejante propuesta. El viaje al rancho nunca podría ser lo suficientemente largo como para prepararla para lo que se venía.

Le lanzó a Josh una mirada de disgusto. No quería darle la satisfacción de creer que lo estaba mirando, aunque era difícil no notar los músculos tensos en sus antebrazos con cada movimiento del volante. Mientras su camisa se pegaba a su pecho en todos los lugares correctos y su voz la hacía temblar, no estaba dispuesta a casarse con él.

Miró hacia otro lado. La gran ciudad había quedado atrás, ahora recorrían ciudades más pequeñas. Cuanto más se alejaban, más inquieta estaba. ¿Cómo iba a decirle a su padre que Josh le había pedido que se casara con ella para darle la ciudadanía?

¿Y cómo la vería su familia? Sin duda, creerían que hundía sus garras en él por puro interés. No sería la primera inmigrante que lo hiciera, después de todo.

Sacudió la cabeza.

—Ojalá supiera lo que está sucediendo en esa linda y pequeña cabeza tuya.

Su voz hizo que su estómago se revolviera. Esa voz, baja y áspera, podría hacer que una mujer se quitara la ropa tan solo con un susurro. Tal vez estaba acostumbrado a eso.

Ella se cruzó de brazos. No iba a caer ante él como seguramente lo hacían otras mujeres. Puede que no hubiera experimentado gran cosa con los hombres, pero los conocía muy bien. Era una mujer que había sobrevivido entre lo peor de la condición humana. No era una ingenua.

Mirándole fijamente, espetó:

—Obviamente creerás que pienso bien de ti.

—¿Siempre eres tan “amistosa”?

—Sí.

Tal vez le desagradara lo suficiente como para arrepentirse de haberle dado el anillo. Cuando se encontró con su mirada, instantáneamente se arrepintió. No quería verlo. No quería ser consciente de lo guapo que era ni de que, de hecho, no parecía en absoluto una mala persona.

Esa estúpida sonrisa sexy volvió a extenderse en sus labios como el amanecer en el horizonte.

Dirigió su atención a la ventana lateral y se concentró en el paisaje, pero no podía dejar de pensar en él inclinándose para besarla. Si creía estar nerviosa en México, estaba lejos de sentirse calmada en Texas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que no has visto a tu padre?

—Más de un año.

—Bueno. Otro día no hará daño.

Josh hizo un rápido desvío de la carretera.

Con un grito ahogado Andrea se agarró al asiento para evitar ser arrojada contra la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—No puedo llevarte a casa y presentarte como mi prometida mientras pareces un conejo asustado. Vamos a pasar la noche juntos y conocernos.

El pánico se inyectó en sus venas.

—¿Qué? Estás loco. No puedes... *¡No soy una mujerzuela!*

—Un momento, no es lo que estás pensando.

—¿Cómo sabes qué estoy pensando?

—Me estás viendo como si fuera un depravado sexual. Si lo fuera no te habría comprado un anillo de compromiso.

Ella tragó con dificultad. Entonces, ¿no quería sexo? Los hombres siempre querían sexo, ¿no? Y uno como él en especial, no se lo imaginaba de otra forma... Dios bendito, que sería un desperdicio. ¿Por qué no iba a querer acostarse con la que se suponía que iba a ser su esposa? ¿Acaso no la encontraba atractiva? ¿O la iba a dejar en paz, pero iba a acostarse con otras para saciar sus ganas?

Alzó la mandíbula, negándose a responder y reconocer que había pensado en sexo. Solo quería ir al rancho y dejar que su padre lidiara con Josh. Estaba harta de lidiar con hombres que buscaban algo de ella, algo que no quería darles. Imágenes de Luis golpeando al sonriente vaquero en el estómago la hicieron sonreír un poco.

—Tomaré esa sonrisa como una buena señal, cariño.

—Mi nombre es Andrea.

—Ya lo sé... Cariño.

—*¡Idiota!*

—¡Hey, eso sí lo entendí!

—Ah, ¿sí? A ver si entiendes esto: *Imbécil. Pendejo. Pinche vaquero de sonrisa tentadora.*

Josh la miró con desconfianza, pero por dentro se estaba derritiendo. No tenía ni idea de qué le había dicho, pero lo ponía como loco escuchar su acento y ver las llamas arder en sus ojos oscuros.

—Me caes bien, Andrea. Y sé que yo también a ti. Vamos, soy irresistible. ¿A que sí?

—Sí, por supuesto. *Como un grano en el culo.*

Continuaron en silencio hasta que Josh se detuvo en un pequeño hotel.

Ella tiró de la manija de la puerta y se bajó.

No tenía a dónde ir. Estaba en un país que no conocía sin un móvil. Él la alcanzó, llevaba su maleta en una mano.

Lanzándole una mirada furiosa, dijo:

—¿Por qué estás sonriendo?

—Cariño, no quiero ofenderte, pero esta es la maleta más fea que he visto en mi vida y mira que he visto feas. Tan pronto como conozcas a mi tía Diane, sabrás a qué me refiero.

Tenía que estar de acuerdo, la maleta era tan horrible que solo la ilusión de ir a los Estados Unidos había hecho que no llorara al verla.

—Fue lo mejor que pude encontrar.

En realidad, la señora García se la había dado y al precio preferido de Andrea. Gratis. Estaría eternamente agradecida con la mujer que la había cuidado desde la muerte de su madre. Cuando se separó de la señora García, ambas habían llorado un poco.

Josh le abrió la puerta por tercera vez y tuvo que dejar que su corazón bailoteara un poco ante el gesto.

—Las damas primero.

¿Realmente esperaba que entrara a un hotel con él, un hombre al que tenía menos de una hora de conocer? Se encogió de hombros. Estaba usando su anillo. Su trato de repente la atormentó. No sabía que hacer. Podría obtener lo

que quería: libertad y un hogar seguro.

Estaría con su padre, por fin, y no tendría que volver a México ni batallar por la ciudadanía.

Josh se acercó lo suficiente como para que su aliento acariciara su oreja.

—Prometo no ponerte una mano encima... Bueno, a menos de que me lo pidas.

Estaba tan sorprendida que ni siquiera pudo responder con alguna frase punzante que lo pusiera en su lugar.

Él se acercó a la recepción y pidió una habitación para el señor y la señora Anderson. Se quedó boquiabierto. Especialmente después de que él le guiñara un ojo con complicidad como si tal cosa.

Cuando vio que la habitación tenía dos camas el alivio la inundó.

—No pensaste que reclamaría los derechos conyugales, ¿verdad?

No tenía idea de lo que significaba conyugal. Sintióse estúpida, se dio cuenta de que tenía mucho que aprender si iba a adoptar el inglés como su idioma principal.

—No espero que te acuestes conmigo —dijo él en voz baja.

—Gracias.

Sin más entró al baño y cerró la puerta de un portazo.

Se llenó las manos de agua y se lavó la cara. Necesitaba volver a la realidad. ¿Qué estaba haciendo allí? Echó un vistazo a su reflejo en el espejo, pero todo lo que vio fue el diamante cuadrado brillando en su dedo.

¿Qué iba a hacer?

Las suaves notas de la voz de Josh se filtraron a través de la puerta. Debía estar hablando por teléfono. Con las manos temblando, abrió la puerta.

—No la llevaré hasta que nos hayamos casado, Luis. La tomaré, pero creo que tenemos que conocernos antes, aunque sea un poco.

Andrea sintió un nudo en el estómago.

«La tomaré», había dicho. Como si fuera un premio que esperaba ser reclamado. Como si no tuviera voz ni voto en su propia vida.

Se quitó el anillo del dedo, dispuesta a arrojarlo sobre la hermosa cara de Josh Anderson. Maldito fuera, iba a obtener su tarjeta verde por su cuenta. No necesitaba a un vaquero arrogante que controlara su vida.

—Gracias por tu bendición, Luis. Es una belleza... y luchadora. Está feliz de poder verte después de tanto tiempo. Si vieras como habla de ti...

Nada me gustaría más que ganarme su confianza y demostrarle que la puedo hacer feliz.

Al escuchar lo último decidió que no iba a arrojarle el anillo a la cara, pero tampoco se lo iba a poner. Él se volvió al escucharla salir del baño y ella tendió una mano para que le diera el teléfono.

—Hola, papá.

—Hola, mi niña. Estoy tan feliz de saber que estás en Texas y te tendré conmigo mañana.

—Estoy emocionada de comenzar mi nueva vida —dijo sin ninguna emoción.

Josh la miró fijamente. ¿Estaba aceptando su oferta?

—Sé que debes estar sorprendida por la propuesta de Josh, Andrea. Pero considérela... Es un buen hombre. Tiene buen corazón, trabaja duro y viene de una familia respetable. No podría desear un mejor marido para ti.

Le dolía la garganta, quería gritar que no quería un marido, que no estaba lista. Pero, ¿qué tenía que perder realmente? Nada, al contrario tenía mucho que ganar.

—Gracias por tu bendición, papá. Te veré mañana.

Cuando terminó la llamada, Josh estaba tan inmóvil como una piedra tallada.

—¿Aceptas entonces?

—No eres tan irresistible, gringo.

Josh había pasado innumerables noches durmiendo en malas condiciones. En campos, graneros y en su camioneta. La mayoría de las veces porque estaba vigilando a un animal herido o enfermo. Estaba entrenado para escuchar cambios en su respiración o movimientos inquietos que podrían indicar dolor.

Y Andrea estaba rompiendo su maldito corazón.

Se quedó quieto, esforzándose por escuchar su respiración entrecorta. Si él no supiera que estaba aterrorizada y sorprendida, se habría preguntado si tenía los dedos dentro de las bragas. Sus testículos se tensaron ante la idea, pero la apartó al instante.

Ella estaba teniendo pesadillas. Esa era la púnica explicación lógica.

Durante horas, había alternado entre quejas y períodos de calma.

Cuando lanzó un brazo por encima de la cabeza e hizo una mueca de terror no pudo soportarlo más. Se levantó de la cama y recorrió el espacio que los separaba. Se deslizó a su lado, intentando controlar sus jadeos.

Sus labios aterciopelados se apretaron fuertemente.

Algo en su pecho floreció, colocó un brazo protector sobre su cintura. Ella no se movió ni siquiera murmuró, por lo que tiró de ella para abrazarla a su cuerpo. Su cadera quedó acunada contra su ingle, atormentándolo.

Un chillido escapó de los labios de ella. Josh la envolvió en sus brazos. Su cabello sedoso jugueteó con su nariz.

Ella se acercó más a él, buscando su protección. Josh apretó los dientes cuando su cadera le rozó la creciente erección. Deseaba enterrarse en su cuerpo y escuchar gritos de placer y no de miedo.

Andrea cerró los brazos alrededor de su cuerpo, devolviéndole el abrazo. Josh se quedó paralizado. ¿Estaba despierta? Dios, si era así, no sabía si podría contenerse.

Entonces ella soltó un suave ronquido y relajó sus músculos lentamente, enterrando la nariz cerca de su cuello. Su olor lo volvía loco. Iba a ser una tortura esperar a que le diera el sí. Su promesa a Luis estaba en pie, no le pondría las manos encima.

A menos que ella se lo pidiera.

Se quedó dormido cuando notó que la respiración agitada fue reemplazada por una lenta y pareja.

No solo había prometido llevar a cabo ese matrimonio para que se ayudaran mutuamente, sino porque en el fondo quería hacerlo.

Desde el momento en que Luis había puesto la foto de ella en su mano, le había pertenecido.

Andrea estaba acostumbrada a despertarse ante el bullicio de sus vecinos. Pero ese día se había despertado bajo un ritmo pausado. Su mente flotaba a través de imágenes de cosas que había dejado atrás.

Entonces sus nervios se despertaron, a lo grande. El olor de Josh la rodeaba. Y también lo hacía su cuerpo.

Se sentó de golpe y la brusquedad del movimiento hizo que Josh murmurara algo que no pudo entender. Saltó de la cama y se tapó la cara con las manos. ¿Cómo había terminado en la cama con ella? ¿Y por qué? ¿Había pasado algo entre ellos? ¿Cómo había conseguido meterse en su cama sin que se diera cuenta? Ella, que estaba acostumbrada a dormir con un ojo abierto y otro cerrado.

Un escalofrío se deslizó por su espina dorsal. Miró al vaquero tumbado en su cama. Sin su sombrero, parecía casi indecente. Por no hablar de sus brazos y pecho desnudo.

Contuvo el aliento y luchó por ignorar el pulso entre sus muslos. Estaba tumbado de costado, con la tela roja de sus calzoncillos apretándole los muslos.

Él la miró somnoliento, pero eso le importaba un pepino.

—¿Qué demonios haces en mi cama? —le chilló.

—Hmm, ¿dormir?

Su insolencia la enojó más. Tomó una almohada y la estrelló en su rostro.

—Mira, gringo, de una vez te digo que conmigo no vas a hacer lo que se te venga en gana. Hasta ahora he seguido todas tus estúpidas órdenes, pero no te voy a permitir que decidas por mí. En mi cama solo se mete el hombre que yo quiera y tú no eres uno de ellos...

Casi se echó a reír de sí misma. Hacía mucho que no metía a un hombre a su cama, pero eso Josh no tenía por qué saberlo, lo importante era dejar las cosas claras. Ese gringo arrogante iba a tener que bajarle unas

cuantas rayitas a su actitud.

—¡Bueno, quizá si me hubieses dejado dormir en mi cama y no te hubieses puesto a lloriquear toda la jodida noche!

—¡Yo no estaba lloriqueando!

—Claro que sí y cuando me acosté a tu lado te quedaste tan calmada como la que más. Así que eso de que no me quieres en tu cama... pues, avísaselo a tu cuerpo, porque creo que piensa bien distinto. ¿Acaso no fuiste tú quién me abrazó? Yo solo te tomé la mano y me acosté a tu lado, como si cuidara a una niña pequeña —mintió—. Ah, pero tú te me pegaste como una lapa y yo... solo me sacrificué.

Andrea se ruborizó. Dios santo, ni siquiera podía confiar en ella misma cuando dormía.

Él soltó una carcajada al ver la reacción.

—No te avergüences, no fue tan malo. Roncas, pero muy suave.

Ella tomó otra almohada y se la lanzó.

—Relájate, aún es temprano. Podemos dormir un poco más. Ven a la cama.

—Mejor no.

—¿Te asusto?

—¿Qué? No.

—¿Pensar en que me metí a tu cama mientras dormías no hace que quieras salir huyendo?

Dicho de esa forma... Pero realmente no la asustaba él, sino cómo su cuerpo había reaccionado.

—Mmm...

—Sé que no nos conocemos, pero seré bueno contigo, en todos los sentidos. Te ves tensa. ¿Por qué no me dejas masajear tus hombros?

Andrea cruzó los brazos sobre su cuerpo, consciente de que sus pezones se marcaban en la fina capa de algodón. Era una estúpida. ¿Por qué estaba reaccionando ante un hombre al que ni conocía ni quería?

—No me mires así, Andrea. Ven aquí, no desconfíes.

Se acercó tanto a su cuerpo que el calor de él la envolvió. Él le acarició la oreja con la nariz mientras ponía sus largos dedos alrededor de sus hombros.

—Joder, tienes los músculos como piedras.

—¿Estás entrenado en el arte del masaje?

—De hecho, sí...

Hundió un dedo en el hueco entre la clavícula y el hombro que le sacó un grito de queja. Cinco minutos después, estaba a su merced. Él trabajó la rigidez de sus hombros y de su columna vertebral. Cuando llegó a cierta área de la espalda, ella se sacudió, riendo.

—¿Cosquillosa?

—Supongo que sí.

—¿Alguien te había descubierto este lugar antes?

Lo presionó de nuevo, justo debajo de sus costillas. Ella se retorció.

¿Debería decirle que solo había tenido un amante en sus veintitrés años? No. Pensaría que era una inmadura, una tonta y una ingenua.

—Andrea, ¿esta zona de piel es mía?

Dios, estaba en problemas. Antes de que pudiera responder, sus nudillos le rozaron la mandíbula, tirando de su cabeza hacia un lado mientras él se abalanzaba sobre ella y la besaba. Su pasión áspera la hizo gemir, no pudo contenerse. Su lengua lamió su labio inferior, luego se enterró en su boca. No lo suficientemente profundo. Desde ese ángulo no podía hacerlo tanto como quería.

Él la tiró sobre el colchón como si no pesara nada y volvió a besarla.

Ella se perdió en su sabor y la sensación, sin pensar en nada más que la palpitante necesidad de su cuerpo. Hundió los dedos en su pelo revuelto y lo encontró suave y sedoso. Las ondas se ajustaban a sus dedos mientras presionaba las puntas de sus uñas en su cuero cabelludo.

Con un gruñido, él encajó su cuerpo en el de ella, inmovilizándola. Su peso era delicioso. Se arrastró más cerca y se entregó a cada capricho de su ingeniosa lengua. Se arqueó debajo de él.

Josh se detuvo.

—Será mejor que no te muevas así si no quieres más que un beso o tres...

¿Y qué pasaba si quería más?

Su mirada estaba llena de deseo. Una emoción peligrosa se arremolinó en su cabeza. Ser deseada por un hombre como Josh seguramente terminaría bien, con gritos complacidos y miradas tiernas después.

Colocó su brazo alrededor de su cuello y tiró de él para besarla.

La urgencia de envolver sus piernas alrededor de sus bronceadas

caderas y dejarlo hundirse en su cuerpo hizo que su necesidad aumentara.

Él encontró sus pechos doloridos y los acarició como si los estuviera moldeando hasta dejarlos perfectos. Ella también lo exploró, aprendiendo las formas de sus músculos fuertes. Hasta poner su mano en su erección.

—Pareces tenso también.

Josh arqueó una ceja. Esa chica era una caja de sorpresas, no podía creer lo coqueta que sonaba.

—No sabes el tiempo que llevo así, cariño.

Ella jadeó mientras su dura longitud se clavaba en su palma. Así que, lo que decían sobre las manos grandes era cierto, entonces.

Andrea tuvo que frenar. Había venido a los Estados Unidos para encontrar una vida mejor. No para enredarse con un gringo que no conocía al segundo día. Ella no era así en absoluto.

Josh notó el cambio antes de que ella retirara la mano y se apartara.

—Me gustaría decir que lo siento, pero no. Me vuelves loco.

Ser deseada de esa forma se sentía tan bien, tan diferente de como Mateo la había asechado. Pero incluso si aceptaba casarse con él, necesitaría más tiempo.

Antes de que ella pudiera decirle esto, él se puso de pie junto a la cama, mirándola como un dios de granito.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

Se acercó a la ropa que había abandonado la noche anterior y comenzó a vestirse. Ella todavía estaba temblando por su toque y besos, sin embargo, consiguió arreglárselas para levantarse también. Tambaleándose, recogió su vestido y se peinó.

Josh la miró con los pantalones vaqueros desabrochados y el cinturón colgando, pero Andrea apartó la mirada.

Recorrer todo el camino hasta el rancho después de lo que había sucedido sería un infierno, especialmente cuando sus vaqueros le resultaban demasiado ajustados en la entrepierna.

Tener a Andrea a su lado con un vestido tan fino y el recuerdo de su cuerpo no hacían más que avivar su deseo. Tan pronto como la instalara correría a masturbarse y deshacerse del dolor que le apretaba los testículos.

Andrea suspiró admirada cuando tomaron una curva y la casa y el

rancho aparecieron antes sus ojos. El orgullo se hinchó en el pecho de Josh. Aparcando la camioneta, apoyó una mano sobre la de ella. Apartó la mirada de la casa y se encontró con la suya.

—Si aceptas ser mi esposa, parte de esto será tuyo. Y tu padre siempre tendrá un lugar con nosotros.

Las lágrimas le iluminaron los ojos color chocolate oscuro. Una se agarró a sus pestañas por un segundo antes de caer por su mejilla. Josh rozó sus nudillos ligeramente sobre ella para limpiarla.

—Gracias —se atragantó.

—No tienes que agradecerme. Además, aún no has aceptado mi propuesta.

Ella volvió la cabeza hacia la ventana, escondiendo la mano donde él había colocado el anillo. Él le tomó la otra mano, negándose a dejar que olvidara lo bien que podía hacerla sentir. Su respuesta a sus besos y caricias no era algo para tirar. Rara vez la gente experimentaba tal conexión física, él nunca se había sentido así. Hasta ahora.

Kilómetros de vallas se extendían desde un extremo del valle hasta el otro. La hierba se estaba poniendo alta y estaba casi lista para cortar. Pronto llegaría la temporada de heno y aún no habían conseguido que Travis y Lizzy tuvieran su casa. «¿Cuánto tardarían con la suya?» pensó Josh.

Prince cruzó el campo corriendo como un pequeño ciervo negro. El viejo sabueso siempre andaba correteando por el rancho.

Andrea sonrió.

—¿Es tu perro?

—Sí. Prince es uno de los mejores pastores de ganado que hemos tenido. Además, es un mimado.

—¿De verdad?

Se quedó sin aliento al ver la repentina alegría en su rostro. La expresión preocupada con la que la había conocido ya se había desvanecido. Él apretó sus dedos.

—Sí, le gusta robar galletas. Una vez se robó unas del mostrador de la cocina. Mamá estaba furiosa. No solo se había comido un lote completo de galletas de azúcar, sino que había roto gran parte de la vajilla. Y lo peor fue que estuvo enfermo por días. Tuvimos que enviarlo al establo.

Su sonrisa lo iluminó. El corazón de Josh dio un pequeño vuelco, Prince le ladró con impaciencia, buscando su atención, pero él solo tenía ojos

para la mujer en el asiento del pasajero.

Era hora de que ella respondiera.

—Me gustas, Andrea. Con el tiempo, tengo la sensación de que eso crecerá. Eres hermosa. No puedes negar que tenemos química.

Su mirada se volvió hacia la de él y en ese momento algo pasó entre ellos, dejando a Josh como si se hubiera agarrado a la cerca eléctrica demasiado tiempo.

Apenas pudo conducir para dejar la camioneta junto a los otros vehículos, en el granero. Se sentía mareado.

Cuando salió de la camioneta, algunos de los miembros de su familia habían aparecido. Lou estaba de pie en el porche, limpiándose las manos con una toalla, y John rodeaba el granero con una pala en la mano.

—Hola, hijo.

John se apoyó en su pala.

Cuando Andrea bajó, Josh envolvió un brazo alrededor de su cintura y la obligó a caminar con él.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Josh.

Lou bajó las escaleras rápidamente, habiendo recuperado su agilidad de niña después de haber sido inmovilizada con un tobillo roto.

—Lizzy está adentro y Travis y Declan están con los caballos.

—¿Y Luis?

John echó un vistazo en la otra dirección y Luis apareció de repente, su rostro ardía de felicidad.

Andrea se soltó de Josh y corrió por el patio hacia sus brazos extendidos. Él la atrapó y la levantó en el aire. Intercambiaron una lluvia de palabras en español, pero era evidente para todos lo felices que estaban de reunirse.

Luis volvió a ponerla en el suelo y tomó su cara entre las manos, mirándola por lo que pareció una eternidad. Muy lentamente la besó. Cuando la soltó, se volvió para mirar a Josh.

Compartieron una sonrisa privada.

Por el rabillo del ojo, Josh vio que los radares de Lou se ponían en marcha. Se volvió hacia la puerta y llamó a Lizzy antes de ir hasta Andrea.

—Bienvenida al Rancho Anderson, querida. Espero que te guste —dijo Lou.

Josh recogió la maleta de Andrea.

—¿De dónde diablos sacaste esa cosa tan fea? ¿Hiciste una parada en la casa de la tía Diane? —se burló Travis, apareciendo de pronto.

Josh le lanzó una mirada para que se abstuviera en comentar ese tipo de cosas, pero estaba de acuerdo en que la maldita cosa podría haber sido encontrada en uno de los armarios de la tía Diane.

Declan apareció por el otro lado. Nadie pareció sorprendido de ver a Andrea en mitad del patio.

Lizzy salió con una sonrisa y saludó a su esposo.

Josh dejó el equipaje de Andrea en el porche y después, con toda la familia allí, agarró a Andrea, la colocó sobre su brazo y la besó.

Cuando volvió a soltarla. Andrea, se ruborizó hasta la punta de los dedos.

—Tengo un anuncio, familia. Esta es Andrea Gonzales Alfaro, la hija de Luis. Y pronto será mi esposa...

Andrea se sentía como un insecto atrapado bajo la mirada de tantos Anderson. Apretó los puños, lista para golpear a su nuevo prometido por ser tan arrogante una vez más.

Cuando Josh había hecho su anuncio, un silencio sepulcral se había abierto paso entre todos. A ella no se le habían pasado por alto las miradas que habían intercambiado sus padres y sus hermanos. Y el idiota nuevamente había hecho lo que se le antojaba sin pedir su opinión. No le había dicho que sí y cada vez estaba más lejos de llegar a decirlo algún día.

Cuando él le pellizcó el trasero, ella chilló.

—Oh, Josh, la pobre chica no necesita que seas jugueteón. Ahora déjala en paz, estoy segura de que lo que más desea es hablar con su padre.

Lou envolvió a Andrea en sus brazos. Mientras su rostro se apretaba contra el algodón almidonado, la emoción burbujeó en su pecho. Había estado sola tanto tiempo que el contacto humano era extraño.

Excepto con Josh, la química entre ellos era inusual. Andrea nunca le habría permitido tales libertades si no hubiera sentido la misma atracción.

Lo fulminó con la mirada, él le devolvió una sonrisa.

Todos los buenos hombres Anderson se adelantaron para abrazarla o darle un beso en la mejilla, sorprendiéndola. Finalmente, una pequeña mujer de cabello rizado y ojos brillantes tomó sus manos.

—Soy Lizzy, la esposa de Travis. No dejes que te asusten —le guiñó

un ojo—. Son una familia maravillosa.

Andrea sonrió y asintió, pero por dentro estaba furiosa. Ahora todos creían que estaba ansiosa por casarse con Josh y que había caído rendida a sus pies.

—Gracias a todos —dijo Luis—. En nombre de mi hija y mío. Tendrán una buena adición en su familia. —El orgullo rezumaba en su tono de papá.

Cuando pasó un brazo por los hombros de su hija y la alejó del patio, Andrea estuvo agradecida de estar fuera del foco de atención. Su cara estaba caliente y los latidos de su corazón tamborileaba como loco.

Su padre la tomó en sus brazos una vez más. Debajo de su mejilla, su camisa se sentía áspera, como si la hubiera dejado secarse al sol.

—Estoy tan feliz de tenerte conmigo, Andrea.

—Yo también, papá.

—Josh es un buen hombre.

Un buen hombre que también era insufrible y mandón.

¿Rompería el corazón de su padre si le decía que aún no había aceptado casarse? No, primero debía arreglar las cosas con Josh.

Su padre les mostró los terrenos y donde dormía. Luego fueron a la casa de los Anderson y Lou se abalanzó sobre la joven, dándole un recorrido por toda la casa y sentándola en el largo mostrador de la cocina para que tomara un vaso de jugo y pastel de manzana. Lizzy le contó sobre la casa que ella y Travis estaban construyendo.

Andrea giró la cabeza cuando Josh y sus hermanos entraron en estampida a la cocina.

Josh se lanzó al trabajo del rancho. Hizo el recorrido por los pastos y llenó los tanques de agua con una manguera y un sistema de tanques en la parte trasera de una vieja camioneta, luego ayudó a Declan con uno de los caballos que habían estado entrenando. Finalmente, se dirigió a la nueva construcción con Travis, con el cinturón de herramientas colgando de sus caderas, contento al imaginar que pronto sería él quien estaría construyendo una casa.

—Andrea es muy bella —dijo Travis de inmediato.

—Sí.

—¿Es mejor que la chica que trataste de cortejar en el hotel?

Las cejas de Josh se juntaron.

—¿Quién?

Una mirada de complicidad cruzó la cara de Travis.

—Ah, ¿sí? Sentí lo mismo con Lizzy, ¿sabes?

Las orejas de Josh prestaron atención, pero él no respondió con nada más de golpes de martillo.

Travis continuó:

—Es una locura pensar que me enamoré de Lizzy cuando la subí a mi camioneta después de que su auto se descompusiera, pero creo que sí. Ella me hipnotizó.

Josh no podía rechinar los dientes como quería porque tenía la boca llena de clavos. Andrea no solo lo hipnotizaba: ella estaba en su maldita sangre. Necesitaba más, más y más de ella. Quería que sus ojos brillaran mientras se desarmaba en sus brazos. Y quería que realmente dijera que sí a su propuesta, maldita sea. Estaba empezando a sentirse un poco humillado por no haber escuchado esas palabras todavía.

En ese momento ella debía estar hirviendo de furia por él. En el almuerzo, el destello de sus ojos oscuros se lo había dejado bien claro. Él le dio crédito, sin embargo, ella no le había hecho un escándalo frente a su

familia.

—No sabía que un hombre podía sonreír con clavos en la boca —comentó Travis.

Josh los eliminó uno por uno y los hundió en la madera. Cuando tuvo la boca vacía dijo:

—Es muy luchadora... Ya me lo está poniendo difícil.

—¿Por qué?

—En realidad aún no ha aceptado casarse conmigo.

Travis lo miró boquiabierto. Luego echó la cabeza hacia atrás y se rio hasta que se le cayó el sombrero. Josh colocó un par más de clavos en la pared antes de sentarse y decir:

—¿Has terminado de reírte de mí?

—Diablos, no. ¿No le has pedido que se case contigo?

—Claro que sí. Varias veces.

—Solo estuviste fuera un día, hermano.

—Sí y si ella fuera un caballo ya habría roto la silla de montar una y otra vez.

Travis resopló.

—¿Crees que una mujer es como un caballo? No es de extrañar que ella dijera que no a tu propuesta.

—Ella no dijo exactamente que no. Simplemente no respondió.

—Bueno, es casi tan malo como un no... Pero aceptó que anunciaras su compromiso...

—Pues...

—¿Qué?

—Creo que el anuncio la tomó por sorpresa. No le comenté que iba a hacerlo...

—Joder, estás perdido.

—Pero ya le di el anillo y no lo rechazó. Entonces significa que no está completamente en desacuerdo. Aunque me tiene intranquilo que no me dé el maldito sí. A un hombre le gusta sentir que le interesa a la mujer tanto como ella a él.

—Probablemente te lo dará en cualquier momento, eres irresistible, ¿no?

Josh le lanzó un puñetazo.

—En serio, hermano. Sé cómo se ve una mujer cuando quiere a un

hombre —dijo Travis.

Sí, Travis lo sabía. Lizzy lo miraba así siempre.

—¿Andrea me mira de esa manera?

—Lo hizo en el patio, cuando no te miraba como si quisiera matarte, claro. Y cualquiera podría decir que le gustó cuando la besaste. Ahora peguemos esta pared a la otra y asegurémonos de que encajen bien.

Las siguientes horas pasaron batallando con el trabajo. Josh fue más rápido que nunca, cuanto antes Travis y Lizzy tuvieran su propio hogar, más rápido podrían construir una casa para él y Andrea.

Para cuando llegó a la casa, iba arrastrándose. Su ropa estaba húmeda de sudor. El agotamiento lo atormentaba, no había dormido bien la noche anterior con el trasero de ella apretándose contra él.

En la cocina, encontró un vaso limpio y una jarra de té frío. Mientras se estaba lo tomando, Andrea entró a la cocina. El corazón de Josh se constriñó al ver a su bella y pequeña prometida con el cabello sedoso sobre sus hombros. La electricidad se rompió entre ellos.

Entonces su madre entró, arrojándoles una mirada sospechosa.

—¿Cómo estuvo tu día? —le preguntó su futura novia, tomando té también.

Si Lou no hubiera estado parada allí, habría olvidado su garganta seca y hubiera besado a Andrea.

—Estuvo bien.

Sintiendo que estorbaba, Lou recogió una canasta de frijoles.

—Voy a estar afuera —dijo y se retiró.

Andrea puso sus manos sobre las caderas y lo miró con gesto serio. Josh echó un vistazo a la puerta, deseando que volviera su madre. Había avivado un incendio y ahora iba a quemarse.

—Te ves muy guapa, cariño.

—No trates de usar tu dulce lengua conmigo.

—Qué buena idea. Él la alcanzó, pero ella se apartó.

—¡Ni siquiera esperaste a que dijera que me casaría contigo antes de decírselo a tu familia!

—¿Es un problema?

Ella le lanzó un puñetazo, sus nudillos se estrellaron contra sus bíceps. Se sorprendió, era mucho más fuerte de lo creía. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue ver que no llevaba el anillo.

—¿Sabes que es un problema! Ahora si digo que no, pareceré una persona horrible que romperá tu corazón.

—¿Por qué te importa lo que mi familia piense?

Ella se congeló.

—¡Ni siquiera me estás escuchando! ¿Qué clase de matrimonio tendremos si ni siquiera te importa lo que digo?

Él la atrapó por la cintura y la presionó contra la nevera, bloqueando su escape con la longitud de su cuerpo. El fuego ardió en sus entrañas mientras la miraba a los ojos enojados.

—Te diré qué tipo de matrimonio será este.

Inmovilizó sus muñecas bajo sus manos, dejándola indefensa. La forma en que su cuerpo se balanceaba hacia él hablaba de cuánto disfrutaba la sensación.

—¡Déjame ir!

—Realmente no quieres eso, cariño. Quieres saber cómo voy a venir de los campos por la mañana solo para besarte. Luego iré a trabajar al granero y cuando regrese te atraparé así contra nuestra propia nevera y te dejaré sentir cuánto te deseo.

Para enfatizar sus palabras, él meció sus caderas contra las suyas.

Sus ojos se abrieron cuando su erección se encontró con el espacio caliente entre sus piernas.

—Los fines de semana voy a llevar a nuestros hijos en paseos en tractor, jugar a la pelota con ellos y meterlos en la cama. Cosa que también haré contigo, aunque de una forma nada inocente. Todas las noches.

La besó. Ella se encontró con él. Sus labios se estrellaron, relámpagos y truenos. Él separó los labios con la lengua y ella lo mordió.

Gruñendo, él persiguió su lengua alrededor de su boca hasta que ella rindió. Cuando ella le envolvió los brazos alrededor del cuello, supo que había ganado la pelea. ¡Qué hermosa victoria, teniendo las curvas de Andrea unidas a las suyas!

Quería gritar y arrojar su sombrero al aire.

Ella retorció los dedos en su pelo, tirando, fuerte, como a él le gustaba. Cayó sobre las rodillas y se la llevó consigo. Ella jadeó

—No quiero que nadie nos escuche. Quizás deberíamos hacer esto afuera.

Él apoyó su frente contra la de ella, sonriendo, consciente del pulso

errático en su garganta.

—No te escucho bien, Andrea. Todavía no has pronunciado las palabras que quiero escuchar, pero tu cuerpo sí que lo ha hecho.

Ella lo empujó y se puso de pie.

—Voy ayudarle a tu madre a seleccionar los frijoles.

—Suena bien. Me gustan los frijoles. Me limpiaré para la cena. Si quieres unirte a mí, la ducha está allí arriba.

Señaló hacia el baño del primer piso que nunca había sido suficiente para tres hermanos y sus padres, y mucho menos para un jugueteo con una mujer hermosa.

Ella puso los ojos en blanco y se fue.

—Andrea —gritó Josh. —Ella se detuvo, pero no se volvió para mirarlo—. Mejor alisa tu cabello o mamá sabrá lo que has estado haciendo. Ah y ponte el anillo.

—*Dios, dame paciencia...*

Se giró y lo asesinó con la mirada. De haber sido otra persona, sus bolas se habrían encogido como dos pasas. Pero como era Andrea eso solo avivaba su deseo.

Subió la escalera riendo.

Ella no sabía lo empeñado que estaba en ganar.

Andrea apenas podía seguir el ritmo de las largas zancadas de Josh mientras caminaba por el patio. Los olores de las tierras de cultivo llenaban su cabeza, mucho mejores que el olor de la pobreza de la que había venido.

—¿A dónde vamos?

—Te voy a mostrar tu habitación.

Ella trotó frente a él hasta quedar cara a cara.

—¿Qué habitación?

—No puedes dormir en la casa.

¿Qué? ¿Por qué no? Ella se quedó inmóvil.

—Puedo ver lo que estás pensando y no es el caso...

—¿Qué estoy pensando?

—Que no perteneces a aquí. Y no es así como funcionamos los Anderson.

—¿Entonces a qué se debe?

—Comparto habitación con Declan, ¿de acuerdo?

—Oh...

Eso la hizo sentirse estúpida el no darse cuenta de que la casa no era muy grande.

El acarició su mejilla.

—No se trata de ti, cariño. Pero aún no podemos dormir juntos, no estamos casados. Es un gran no ante los ojos de mis padres. —Puso los ojos en blanco—. No les cuentes que anoche dormí con tu trasero en mi entrepierna.

Ella se ruborizó, sus palabras aumentaron las ya altas temperaturas. Tenía que concentrarse, con Josh estaba demasiado distraída. Se había cuidado a sí misma durante tanto tiempo que no iba a cederle el control.

Al menos no quería.

—Vamos.

Su traidor cuerpo lo siguió. Pasaron junto a un gallinero y doblaron en uno de los graneros, un par de caballos relincharon.

Josh resopló.

—Creen que les traigo un refrigerio.

—¿Qué les das?

—Zanahorias o una manzana.

—¿Y no tienes nada para ellos esta noche?

—No para ellos...

Su lento acento y su mirada de soslayo enviaron su cuerpo al frenesí.

Para cuando llegaron al remolque de caballos, ella estaba más deseosa de él. ¿Había alguna razón para resistir sus deseos? Solo se habían conocido unas horas, pero ya habían compartido varios momentos de intimidad. Y ella tenía su anillo, aunque no lo llevara puesto tampoco se lo había devuelto.

Él señaló con la mano.

—Esta será tu habitación los próximos días.

—¿Cuántos días tengo?

—¿A qué te refieres?

—Sabes muy bien de qué hablo. ¿Cuánto tiempo tengo para pensar si acepto tu propuesta?

—Tiene que ser antes de que se te acabe el permiso. No quiero presionarte, pero entre más pronto mejor. Solo tienes que decir que sí e inmediatamente nos casaremos.

Una cuerda invisible tiraba de sus piernas, haciéndola palpar.

—Es una locura...

—Es necesario y te diré por qué...

—Porque piensas que necesito ayuda con mi tarjeta verde. Papá quiere que nos casemos. Y necesitas que te ayude a obtener tu tierra.

—Cierto. Pero te diré algo que no sabes.

Sus brazos se tensaron al sujetar la delgada cintura de ella.

—Te gusta.

—¿Me gusta?

—Esta atracción entre nosotros, te gusta tanto como a mí. Y no se apagará hasta que hayamos firmado ese certificado de matrimonio.

—Podrías... tenerme sin casarte.

Él arqueó una ceja.

—Me encantaría, pero no quiero hacerlo de esa forma, cariño. De verdad quiero que esto funcione. No es cualquier decisión la que estamos tomando, por el bien de ambos quiero que seamos felices. ¿O quieres que esto empiece mal y en poco tiempo seamos dos infelices atados a una vida gris?

—¿Y si no quiero acostarme contigo ni siquiera cuando nos casemos? ¿Buscarás sexo en otro lugar?

Se encogió de hombros.

—No voy a ponerte las manos encima si no quieres. No soy así y no lo voy a ser nunca. Y desde luego no habrá más mujeres. Mi mamá crio a un hombre de verdad. Cariño, te voy a tomar por esposa y voy a llevar tu nombre como un cartel sobre mi frente. ¿Has visto cómo es Travis con Lizzy?, prepárate porque estoy seguro de que voy a ser peor.

Con la mente nublada por su discurso y sus ideas anticuadas, trató de procesarlo todo. Asintió y abrió la puerta del remolque. Se quedó boquiabierto. Lo que tenía frente a sí era un apartamento completo. Mil veces mejor que todos los lugares donde había vivido antes.

—Lo usamos cuando viajamos. —Se estremeció por los escalofríos—. Una familia en un tráiler de este tamaño no es algo divertido, créeme. Pero para una persona no está nada mal. Nos encantaría ofrecerte algo mejor...

—Oh, no, Josh. Estoy muy agradecida, en serio. Si supieras donde he tenido que vivir. Esto es como una mansión para mí.

Se le aguaron los ojos. Josh la abrazó mientras encendía la luz para

que pudiera verla mejor.

—Te juro que nunca más volverás a pasar por eso. Tendrás una casa con vistas, Andrea, y yo me voy a encargar de ello.

Ella le plantó un beso en la mejilla.

Él tomó su mano y la obligó a entrar. Había un armario y un ropero, una pequeña cocina, un sofá y un televisor.

—¿Dónde está la cama?

—Oh, es un sofá cama. Lo sacaré. Mamá siempre se encarga de tener las sábanas limpias. A veces mis hermanos y yo discutimos y uno de nosotros termina durmiendo aquí.

Sonrió.

—¿Sobre qué discuten?

Se dispuso a quitar los cojines del sofá y despejar un poco de espacio para extender el colchón.

—Tonterías de hermanos. Robaste mi caballo favorito. No te metas en mis asuntos. No puedo dormir en la misma habitación que un hombre que no se cambia los calcetines... Lo normal.

Ella soltó una risita.

—Debe ser agradable tener hermanos. Siempre deseé una gran familia.

—Sí, está bien, especialmente cuando nos necesitamos el uno al otro. Como ahora, estamos todos ayudando a Travis y Lizzy con su casa. Es difícil después de trabajar todo el día en el rancho.

—Me gustaría ayudar.

Él le lanzó una sonrisa que la cegó.

—¿Sabes cómo usar un martillo?

—Puedo aprender.

—Probablemente tendrás que hacerlo cuando construyamos nuestra propia casa, porque no quiero estar contigo en este tráiler por mucho tiempo.

Ella se estremeció.

—¿Qué es eso?

Él se rio entre dientes y se apretó contra ella.

—Esa pequeña puerta es un baño. Que descanses, cariño.

Le dio un ligero beso en la punta de la nariz, dejándola hambrienta por uno en los labios. Luego salió de la caravana y cerró la puerta detrás de él.

—La visa vence en tres meses —gritó.

Habían pasado dos semanas desde que Andrea había llegado al rancho. A pesar de que la familia no se había mostrado especialmente feliz por la supuesta boda, todos eran muy amables.

Josh siempre andaba rondándola, más de una vez sus manos y lengua se habían enredado en las del otro, pero al final todo siempre terminaba igual. Con una discusión.

Él quería que ella llevara su anillo y ella quería más tiempo. Andrea no sabía cómo explicarle a Josh lo que sentía. No era fácil aceptar a un hombre que no conocía de nada y menos cuando este era un cabezota, engreído y mandón.

Sabía que el vaquero era bueno, pero no soportaba esa forma en que se tomaba la vida como si todo fuera extremadamente sencillo ni sus constantes órdenes como si ella fuera uno de sus caballos.

Estaba lavando los platos sucios del segundo desayuno cuando vio a Travis y Lizzy caminar tomados de la mano por el patio. El vaso que tenía en la mano se le resbaló. Esa era su oportunidad. Salió afuera y echó un vistazo alrededor, ellos eran los únicos que estaban allí.

Los llamó y se apresuró a alcanzarlos.

—¿Le pasó algo a mamá? —se preocupó Travis.

—No. —Se puso la mano sobre el vientre, intentando recuperar el aliento—. Es que quería hablar con ustedes.

La pareja intercambió una mirada llena de significado. Significado que, por supuesto, no podía entender Andrea.

—¿Aquí? —preguntó Lizzy.

—Sí, no importa el lugar. —Retiró un mechón de su rostro y lo colocó tras la oreja—. Verán, sé que lo de la casa los tiene agobiados, que no han podido avanzar tan rápido como quisieran y que tampoco han podido contratar gente porque tendrían que encargarse de la estadía y el presupuesto

no da para tanto... —Travis arrugó el entrecejo—. Y la cuestión es que yo quisiera trabajar. No sé nada de construcción, pero les aseguro que no me importa trabajar duro y soy rápida aprendiendo. No importa que gane poco, soy consciente de su situación y de que tampoco soy la mejor opción del mundo, lo único que me importa es hacer algo y sentirme productiva.

Lizzy asintió. Desde el principio Andrea le había caído bien, pero ahora que veía que era una mujer a la que le gustaba hacer las cosas por sí misma, le infundió más respeto.

—¿Josh sabe de esto?

Andrea sonrió como un querubín y desvió la mirada.

—Mmm no, pero tampoco es que se lo piense esconder o algo así...

—Mira, Andrea, en verdad agradezco que nos quieras echar una mano. Pero preferiría que Josh lo supiera...

—Un momento —interrumpió Lizzy, mirando a su esposo con gesto serio—, ¿qué quiere decir eso?

—Pues que no quiero problemas con mi hermano.

—¿Y por qué habría de ser un problema que le demos trabajo a su novia?

Travis tragó con dificultad. No le gustaba el tono que estaba tomando la voz de Lizzy. La conocía muy bien y aunque la amaba en todas sus formas, no era exactamente agradable cuando se enojaba.

—No lo sé, Lizzy. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Quizá él no quiera que trabaje.

Se le encogieron los testículos cuando vio que su mujer se quedaba boquiabierta y se le ponían las orejas rojas.

—Travis Anderson, a veces te comportas como un completo idiota. Ni Andrea ni ninguna mujer debería pedir permiso a su novio o marido —recalcó— para trabajar. Andrea es libre de tomar sus decisiones. Y si Josh se molesta al respecto pues solo demostraría que es un tonto y en dado caso es asunto de ellos. —Se giró hacia Andrea que la miraba con ojos como platos, casi tan asustada como Travis—. Por supuesto que nos sería de mucha ayuda que nos echaras una mano. No podemos pagarte demasiado, pero te aseguro que será lo justo. De hecho, podrías empezar desde ya. Justo estaba pensando en que las habitaciones terminadas ya podían irse pintando, mientras se terminan las otras, para adelantar. Estoy segura de que podemos encargarnos de ello. ¿Verdad, Travis?

—Desde luego, cariño —murmuró como un niño al que habían regañado—. Tú mandas.

Andrea y Lizzy estaban cubiertas de pintura de la cabeza a los pies. Al principio les había costado agarrarle el truco. Cargaban la brocha con demasiada pintura y dejaban más en sus propias manos y cuerpo que en las paredes, pero ya lo hacían mucho mejor.

Travis les había explicado que ocupaban tres capas de pintura, dejando que cada una seicara por completo. Hasta el momento llevaban dos y el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Estaban en el primer piso, allí todas las habitaciones estaban prácticamente terminadas, pero les faltaba la pintura y algunos pequeños detalles como estantes, cortineros y molduras. Abajo todavía faltaba terminar el baño, la cocina y la chimenea.

Habían pintado la recamara principal y la que funcionaría como oficina de Travis y biblioteca.

—Creí que podríamos dejar estas habitaciones listas hoy —comentó Lizzie—. Sin embargo, ya es tarde y no nos va a dar tiempo a pasar la tercera capa.

—Puedo quedarme hasta que lo terminemos.

—Oh, no. No te preocupes. Total, falta mucho para que los chicos terminen abajo. Hemos trabajado duro hoy y ya no aguanto el cuello, además nos va a tomar toda la noche quitarnos esta pintura de encima.

—No te extrañes si mañana vengo en carne viva.

Ambas soltaron una carcajada al mirarse manchadas como payasos.

A pesar de que no había querido admitirlo ante Lizzie, Andrea también estaba cansada. Le dolía la espalda y el cuello. Pintar la parte alta de las paredes había sido una tortura y no estaba acostumbrada a trabajar. Eso la enojaba, pero a pesar de todo estaba contenta. Se había sentido relajada y productiva mientras esparcía el color por toda la pared.

De hecho, se sintió orgullosa cuando Declan comentó que se le daba bien pintar, que no dejaba ni un espacio sin cubrir y que la pared le quedaba lisa y uniforme. Lizzie en cambio había tenido más problemas, chorreaba las paredes sin darse cuenta u olvidaba checar las esquinas, Andrea debía repasar lo que pintaba ella para corregirlo, pero a la otra mujer no le importaba. Le había dicho a Travis que gracias a Dios Andrea les ayudaba, o ella habría

dejado toda la casa mal pintada.

Josh había ido ayudar a Travis y Declan en la tarde, pero no le había dirigido la palabra ni una sola vez. Ni siquiera se había asomado a ver su trabajo. Sin embargo, era de esperarse. Él se había enterado durante el almuerzo de que estaba la casa de Travis y no había disimulado ni un poco la sorpresa y la molestia que tal cosa le provocaba.

Para su suerte, se había ido tras terminar su plato y no había tenido que hablar con él. Estaba harta de tener que discutir cada jodido momento y tal como Lizzie le había dicho a su esposo, una mujer no necesitaba pedir permiso a su novio, mucho menos a su «no novio».

La cena como siempre fue deliciosa y llena de charla. Josh ni se apareció y eso le provocó a Andrea una sensación de decepción y tristeza. Sabía que la cosa iba a terminar en una discusión, pero había esperado que finalmente él la entendiera y apoyara.

Cuando acabó de ayudarle a Lou se despidió dándole un beso de buenas noches.

—Toma, querida —le dijo la mujer, tendiéndole una caja de galletas y un termo que desprendía olor a chocolate—. Has trabajado duro y puede que te dé hambre en la noche.

—Gracias, Lou, eres un amor.

—¿Sabes algo de Josh?

Torció el gesto.

—No, desde el desayuno no he cruzado palabra con él.

—Tenle paciencia. —Andrea la miró con atención—. Aunque él haga como que su boda es lo más normal del mundo, está confundido.

—Yo...

—No me des ninguna explicación, querida. Solo te voy a pedir una cosa.

—¿Qué?

—No tomes una decisión para la que no estén preparados.

Andrea atravesó el camino hasta el remolque con la cabeza hecha un lío. Estaba tan cansada de pensar. La balanza parecía no inclinarse hacia ningún sitio. Casarse tenía desventajas, sí, pero también ventajas.

Suspiró. Lo que necesitaba en ese momento era quitarse la pintura de encima y luego dormir sin pesadillas ni sueños de marchas nupciales.

Empujó la puerta y cuando estiró la mano para encender la luz se

quedó paralizada al notar que alguien tomaba su muñeca.

—Debes tener la conciencia muy sucia —dijo Josh en la oscuridad.

Ella suspiró de alivio, se soltó y le dio un manotazo.

—Casi me matas del susto.

Josh encendió la luz y se apartó para dejarla entrar.

—Llegas tarde.

Ella arqueó la ceja y lo empujó.

—Ah, ¿sí? Hasta donde yo sé no teníamos una cita. De hecho, ¿qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

—Mmm... —Abrió el armario y buscó ropa limpia—. ¿Cómo de qué?

—De esto.

Ella volteó a verlo y se encontró con el anillo de compromiso.

—¿Lo quieres? Llévatelo, es tuyo.

Él fue hasta ella, la tomó por los hombros y la obligó a verlo.

—No, no es mío. Es tuyo. Estoy perdiendo la paciencia, Andrea.

—¿Conoces esa palabra?

—Por el amor de Dios, deja de hablarme en español siempre que discutimos. No es mi idioma.

—¡Entonces tú deja de hablarme en inglés, tampoco es mi idioma!

Josh puso los ojos en blanco.

—Sabes muy bien a lo que me refiero. No puedo entender cuando hablas así...

—Gringo, quizá yo no quiero que lo entiendas.

—¿Sabías que es una falta de respeto?

—¿Igual que meterse en las habitaciones de otras personas sin permiso? Vaya, no. Y tú ¿sabías que puedes aprender español de la misma manera en que yo aprendí inglés?

La fulminó con la mirada.

—Qué buena idea —respondió, con total ironía—. Mañana mismo empiezo...

—Ja, ja, ja... Quiero ver eso —se burló.

Josh se paró en seco.

—¿Acaso crees que soy un vaquero tonto? ¿Qué no puedo aprender otro idioma?

—No he dicho eso.

—¿Entonces por qué te burlas?

—Porque crees que aprender un segundo idioma es fácil y no lo es, no lo es en absoluto.

—Puedo hacerlo.

—Lo sé.

—Y te lo voy a demostrar.

—Josh...

—Ya verás. —Se sentó en el sofá cama—. En fin, ya nos desviamos. Quiero que aceptes el anillo, de verdad. Que lo uses. Y que nos casemos de una jodida vez.

—Apenas han pasado dos semanas.

—Exacto. Suficiente.

—Y durante ese tiempo no hemos dejado de pelear ni un solo día. ¿Por qué no lo entiendes? Esto es una locura, Josh. Ni siquiera podemos convivir en paz...

—Si no fueras tan...

—Oh, cállate. Todas las discusiones han empezado por tu culpa. Josh se quedó boquiabierto.

—Todo el mundo sabe que soy la persona más pacífica, en cambio tú buscas pelea por todo...

—¡No peleo porque quiero! Si no tuvieras esa maldita actitud sería bien distinto.

—¿Qué actitud? Si quiera deberías agradecer que no me he referido a lo de tu nuevo trabajo, justamente porque no quiero discutir...

—Esa actitud.

Negó con la cabeza y se metió al baño. Él se levantó de un salto y la siguió.

—¿Qué se te perdió por aquí?

—No hemos terminado de hablar.

—Entonces lo haremos después. Estoy cansada y necesito un baño de inmediato.

—Andrea... Solo dime que sí.

—Prometiste que no me ibas a presionar.

Él soltó la trenza que llevaba, liberándole el cabello. Después le quitó la blusa e inhaló su aroma.

—De acuerdo, fue estúpido enojarme por lo de tu trabajo. Hice un berrinche tras darme cuenta y por eso ahora estoy muriéndome de hambre.

—¿Por eso no fuiste a cenar?

—Sí. No quería verte.

—¿Por qué?

—Ni siquiera me lo contaste... De hecho, ni siquiera sabía que querías trabajar.

Ella sintió una punzada de culpabilidad. Josh la besó en la coronilla.

—Quizá esa es una prueba de que no nos conocemos lo suficiente ni nos tenemos confianza.

—Yo sí confié en ti. No tengo problema con hablarte de mí y de mis planes o deseos.

—Háblame de ti.

—Creí que querías bañarte.

—Puedo hacerlo mientras te escucho.

—¿Y me vas a dejar ver?

—No lo creo...

Josh la tomó entre sus brazos y la besó.

—Tu madre me dio unas galletas y chocolate. Tómalos.

—Y todavía dudas que quiero casarme contigo.

Él fue por las galletas y el chocolate, devorándolas al otro lado de la cortina de la ducha, mientras le contaba cosas suyas a ella. Le habló del rancho, de la infancia, de la tía Diane, de la secundaria y la universidad, de la época en que fue montador de rodeo y de los planes de crear un criadero de caballos en su tierra.

A pesar de que Andrea tardó un montón en quitarse la pintura, la mayoría del tiempo solo se quedó en la tina para escucharlo hablar.

Cuando salió, él le alcanzó la toalla y la esperó en la puerta del remolque.

—Es tarde, gracias por las galletas. Pude haber muerto de hambre.

Ella le sonrió.

—Eso significa que me debes la vida.

—Sabes muy bien que es tuya.

Andrea borró la sonrisa y desvió la mirada. Él suspiró, maldita sea, por qué siempre terminaba cagándola. Que alguien le explicara cómo entender a las mujeres, porque estaba claro que no tenía ni idea.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, gringo. *Que sueñes conmigo.*

Se retiró despidiéndose con un golpe en el ala del sombrero y desapareció. Cuando pasó junto a los caballos les llevó unas zanahorias que tenía escondidas en una caja y suspiró.

Había sido un idiota al pensar que ganarse a Andrea era parecido a ganarse la confianza de un caballo.

Subió corriendo a su habitación e intentó dormir, pero no podía. De verdad que se sentía molesto y asustado de no recibir el sí. ¿Por qué ella tenía tantas dudas? ¿Acaso no se le aceleraba el corazón cuando estaba a su lado? Porque a él sí. Por un demonio, lo volvía loco en todos los sentidos.

Dio mil vueltas más, hasta que perdió la paciencia y tomó su portátil.

Hacía meses que el valle había experimentado cambios. Uno de ellos había sido la posibilidad de llevar internet a lugares tan alejados como el rancho. Travis había sido quien le había dicho a su padre la importancia de contar con internet y cómo eso facilitaría muchas cosas y ahorraría viajes innecesarios a la ciudad. Con lo que John finalmente decidió implementarlo.

Una vez con el aparato encendido, entró en el buscador y escribió: aprender español en línea.

Sus pupilas se dilataron al ver el primer enlace. «Aprende español en una semana». Sin pensárselo dio clic y sonrió.

Le iba a dar una buena sorpresa a Andrea.

Pasó dos horas despierto hasta que con una maldición cerró el portátil. Alguien podía explicarle por qué en español ocupaban una conjugación distinta para cada pronombre. Y por qué había que tener cuidado con los verbos ser y estar y saber cuándo decir «Andrea es rica» y no «Andrea está rica».

Le golpeaba el ego, pero prefería seguir sin entenderle nada a Andrea, que romperse la cabeza con tanta cosa. Definitivamente era más difícil de lo que pensaba.

Andrea sacó la cabeza por la ventanilla del coche de Lizzie y miró el lugar que ella le había señalado.

—Vaya, no puedo creer que te hayas quedado ahí varada y Travis haya llegado a ayudarte. Realmente suena como una historia de princesas y eso.

Lizzy suspiró al recordar cómo había empezado su historia de amor.

—Pues la tuya no se queda atrás.

Andrea volvió a sentarse, esta vez más hundida en el asiento.

—¿Dije algo malo?

—Oh, no. Es solo que mi historia con Josh no es ni de cerca como la tuya. Nosotros no...

Lizzie le echó un vistazo y negó. Sabía exactamente cómo se sentía, a pesar de que Andrea dijera que no, se parecían mucho.

Iban de camino a Vixen. Necesitaban pintura y otros materiales que ya se les habían acabado. Por fin la casa tenía un buen aspecto. Ella y Andrea habían acabado de pintar todas las habitaciones, incluso las que no estaban completamente terminadas ya que no les hacía falta mucho. Pero venía lo peor, pintar el techo y el exterior. Habían tenido que librar una discusión con Travis y Josh que se oponían a que lo hicieran ellas, pero como siempre las mujeres habían triunfado.

—Puedes confiar en mí, Andrea. Sé que no me conoces mucho, pero en este mes que hemos estado trabajando juntas me has caído muy bien. Eres una chica dura, divertida, trabajadora y buena. En serio, puedes contar conmigo y verme como a una amiga. Amo a Lou y te juro que es como mi propia madre, pero cuando te vi por primera vez lo primero que pensé fue «Dios, por fin una amiga». Me encanta la vida del rancho, sin embargo, como hoy, necesito despejarme y ver más gente y otros lugares. Por eso siempre busco una excusa para venir a Vixen.

—No sé cómo puedes hacerlo...

—¿Qué?

—No sentirte atrapada.

Lizzie arrugó el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—No conozco nada del mundo, jamás lo he explorado. Vengo de un lugar donde más te valía estar en tu casa si querías que no te pasara algo realmente horrible. No tuve una niñez normal, ni una infancia ni nada. —Cerró los ojos—. Solo sobrevivía. Y cuando supe que tenía un boleto para venir a los Estados Unidos fui la persona más feliz del mundo. Dios mío, por fin podría asomar la nariz más allá de mi propia puerta. Conocería gente, gente buena que no me haría daño. Encontraría un trabajo. Estudiaría. Me enamoraría de un chico guapo... Y me encanta el rancho, me encantan ustedes y definitivamente Josh es mucho más que guapo. Pero a pesar de eso sigo sintiéndome atrapada. No comprendo como lo haces tú. Vienes de una ciudad grande y a pesar de ello eres feliz en el rancho.

—Como te dije, a veces necesito escaparme.

—Es un día, unas horas apenas.

—Andrea, no sé qué decirte. No porque una ciudad sea grande y llena de vida, significa que sea buena. La peor persona que he conocido, la conocí en Phoenix y fue mi pareja. Y cuando me hizo daño, todos lo supieron y a nadie le importó. También hay cosas malas allí afuera. Quizá por eso me gusta el rancho, puedo confiar en todos allí y soy feliz. Extraño muchas cosas, pero ya una vez intenté irme y tuve que regresar. Mi corazón, simplemente, está en ese valle. Junto a Travis.

—No sé cómo sentirme...

—Sé que no me estás pidiendo ningún consejo, pero te lo voy a dar. Si no puedes ser feliz en el rancho mejor no te cases. Los chicos aman esa tierra con cada pedazo de su corazón y no habrá nada que los pueda arrancar de allí, si te casas con él tendrás que quedarte para siempre.

—No voy a casarme con Josh...

Lizzie frenó de golpe y las dos rebotaron en su asiento.

—¿Qué?

Andrea suspiró y le contó la historia desde el principio. Las dos mujeres habían estado trabajando codo con codo y su amistad había crecido cada día. Andrea no dudó en desahogarse y contarle todo lo que estaba

pasando. Necesitaba que alguien más la ayudara a disipar las dudas o al menos a escucharla.

—*Te quiiiiie-rrro. Te quiero. Te qui... Maldición. Te quiero. Te quiero mocho.*

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó Declan a su hermano.

Josh dio un respingo.

—Intento aprender unas frases en español.

—¿Y así suena el español?

—Demonios, no tengo ni idea.

—¿Por qué no le pides a Andrea que te enseñe?

—Porque se supone que es una sorpresa.

Declan estalló en carcajadas.

—Vaya, Josh, si es que eres todo un romántico.

Andrea respiró profundo, el aire no era tan limpio como el del rancho, pero sí mejor que el de su ciudad en México.

El día que había llegado a los Estados Unidos estaba tan asustada e intimidada por Josh que no había tenido oportunidad de ver más allá.

Puede que Vixen fuera una ciudad muy pequeña, pero había muchos rostros que ver en comparación con el rancho. Gente de todas las edades. Tiendas. Una cafetería.

Josh siempre se burlaba de Declan porque decía que jamás iba a encontrar una mujer allí, pero a Andrea le parecía que Josh exageraba. Ya había visto varias chicas guapas de la edad de Declan.

—Andrea, date prisa. Debemos ir por la pintura.

Andrea sacudió la cabeza y siguió a Lizzie.

Entraron a la ferretería y una vez ahí Lizzie se salió de su cuerpo. Se suponía que solo iban por pinturas y algunos materiales, pero ella comenzó a ver molduras, empapelados, lámparas y cualquier cosa que fuera decorativa. Andrea sonrió al verla, ya que el lugar era pequeño y no tenía mucho que ofrecer, sin embargo, la mujer se maravillaba con cada cosa y le costaba decidir cuál le gustaba más.

Elegir el color de la pintura fue una odisea. Finalmente tuvo que llamar a Travis y pedirle ayuda, pero no conseguían ponerse de acuerdo.

Andrea se escapó a la salida y se quedó contemplando el movimiento de la calle principal.

—Buenas tardes, señorita —le dijo un vaquero que pasaba por la acera, inclinando el ala de su sombrero.

Ella le devolvió el saludo. En donde vivía en México la gente no saludaba a los desconocidos, ni siquiera a los conocidos. Probablemente si un extraño te hablaba en mitad de la calle era para asaltarte.

Segundos después Lizzie la llamó y juntas cargaron las compras en el coche.

—Dios bendito, ya quiero ver la cara de Travis cuando vea la casa pintada. Sé que le encantará ese color. ¿Qué tal si vamos a por un café y unas magdalenas?

Ambas cruzaron la calle hasta la cafetería. En el camino habían hablado largo y tendido. Lizzie apreciaba a Josh y lo veía como un hermano, pero tenía que darle la razón a Andrea en que era una locura lo que estaban pensando. Sin embargo, tal como se lo dijo a ella, ya tenían un mes de estar conviviendo a diario y era más que obvio que entre ellos había cierta química, así que unos completos desconocidos no eran. Ella y Travis habían pasado tres meses igual y estaban más enamorados que ningún otro.

Andrea insistió en pagar la cuenta y mientras lo hacía vio un anuncio pegado en la pared. Se acercó a él y leyó detalladamente. Estaba muy concentrada cuando Lizzie se le acercó.

—¿Qué tanto miras? —Leyó el anuncio—. Mmm ¿te gustaría?

Andrea se encogió de hombros.

—Me relaja cuando estamos pintando y me gusta encargarme de los detalles. Es relajante tener el pincel en las manos y convertir algo sin vida en una cosa totalmente diferente.

—¿Sabes conducir?

—Sí, papá me enseñó desde pequeña.

—Entonces vamos a que te inscribas. El horario te queda genial y además es gratis. Yo te prestaré el coche para que viajes.

La tomó por el codo y la arrastró consigo.

—¿Qué? No, estás loca. No puedo.

—¿Por qué no?

—Pues... no puedo estar yendo y viniendo del rancho. Ni siquiera conozco y...

—¿Acaso no era esto lo que planeabas antes de que Josh te propusiera matrimonio? Estando en el rancho esto es lo más allá que podrás salir. Si quieres seguir con Josh y al mismo tiempo descubrir, aunque sea un poquito, de ese mundo y nueva vida que ansías, esta es tu oportunidad. Anda.

Andrea se quedó paralizada unos segundos. Luego decidió que Lizzie tenía razón. Necesitaba mirar más allá del rancho Anderson. Aceptara o no casarse con Josh ella iba a ir más allá.

Conocía a la perfección lo que era vivir limitada por las condiciones. No sería tan estúpida como para limitarse ahora por miedos y dudas.

Josh estaba sentado en el columpio del porche, reposando la cena, cuando Andrea salió. Se inclinó sobre la baranda y contempló los últimos destellos de luz que quedaban.

—Me gustas bastante desde este ángulo —dijo él, mirándole el trasero.

Ella puso los ojos en blanco.

—Quería hablar contigo.

Él notó algo en su tono y se puso serio. Desde que se conocían no habían tenido un día sin discutir por la más mínima cosa.

—¿Qué pasa?

—Gracias.

Se puso a de pie, parándose a su lado.

—¿Por qué?

—Sé que fuiste tú quien pagó mi boleto.

—Quería que te casaras conm...

—No, Josh. Sé que no solo lo hiciste por eso. —Se giró hacia él y le puso la mano en el pecho—. Tienes un gran corazón.

Él sintió que algo dulce y profundo se le estremecía en el pecho.

—Me salvaste —continuó.

—¿Qué quieres decir?

—Vivía en un lugar donde pasaban cosas horribles, Josh. El dinero que enviaba papá no me alcanzaba para irme a un lugar mejor. Narcotráfico, tráfico de armas, delincuencia, violencia, pobreza extrema, violaciones... Cada vez que salía a la calle debía mirar a todas partes constantemente y no alejarme demasiado de mi apartamento. Pasaba días encerrada por miedo. Y

luego surgía una emergencia y tenía que salir a pesar de que sonaban disparos en la otra calle. Caminaba por los callejones sin mirar a nadie, porque temía que encontrar una persona que ocupara ayuda y no poder dársela...

—Cariño —la interrumpió, pero ella le puso un dedo en los labios para que la dejara hablar.

—Una vez lo hice y vi como dos tipos violaban a una mujer. Y no hice nada. Porque si me metía también me habrían violado a mí. Fue horrible. Vi lo que pasaba y prácticamente corrí antes de que me vieran ellos. —Una lagrima resbaló por su mejilla—. Pasé tres noches sin dormir y cada mañana salí a comprar el periódico para ver si había alguna noticia. No había nada. Probablemente no la mataron o quizá sí, pero no lo anunciaron porque solo era una estadística más en una ciudad peligrosa.

Josh la estrechó contra su pecho.

—¿Alguna vez te pasó algo a ti?

—Me asaltaron dos veces y se metieron a robar a mi apartamento. Tuve suerte.

—No tendrás que volver a pasar por eso, cariño. Mírame. Nunca permitiré que vuelvas a vivir con miedo.

—Lo sé. Por eso te doy las gracias. Quizá si aún estuviera allá, fuera una estadística más.

—Dios, ni siquiera lo digas.

Andrea se llenó del aroma de él.

—Siempre me dormía pensando en el día que escaparía de esa miseria. Cuando estuviera aquí, junto a papá. No tuve la oportunidad de ir a la universidad en México, pero soñaba con venir aquí y estudiar. Por eso mis padres insistieron tanto en que aprendiera inglés. Quería mi sueño americano.

—Te juro que trabajaré cada día para que tengas una buena vida.

—Josh, no solo quiero dormir tranquila o tener una casa. Quiero más. —Él se separó un poco para mirarla—. Entiéndelo, por fin tengo alas para volar. Sin embargo, no lo estoy haciendo. Estoy atrapada en un trato que no pedí, con la constante sensación de que tengo que darte una respuesta pronto, aunque no la tenga. Ni siquiera ahora soy libre.

—No estás obligada a decirme que sí. Si dices que no te entenderé.

—Pero si digo no es probable que tenga que volver a México.

—No dejaré que te vayas, mucho menos después de lo que me contaste.

—No puedes hacer nada. Si digo que no, tendrás que buscar a una esposa o si no, nunca tendrás la tierra con la que sueñas. Escuché la ilusión con la que aquel día hablabas de tus proyectos.

—No quiero a otra esposa. Te quiero a ti. Aún faltan dos meses. Podemos intentarlo. Dame la oportunidad.

—¿Qué pasará conmigo si me caso? No sé nada de un rancho y aunque me gusta este lugar no quiero estar encerrada aquí. He estado encerrada demasiado tiempo...

—No sé qué decirte. —Se separó y volvió a sentarse en el columpio, llevándose las manos a la cabeza—. No me iré de aquí si es lo que quieres...

—Jamás te pediría algo así —lo interrumpió, poniéndose de rodillas para que sus miradas quedaran a la misma altura—. Pero quiero que sepas que no podría ser una esposa como Lou o como Lizzie.

—¿Qué clase de esposa serías?

—Me gustaría ser tan trabajadora y buena madre como Lou, como lo fue la mía también, y tener el carácter fuerte de Lizzy y esa ilusión por su hogar y su esposo. Pero también quisiera ser más independiente. Quiero trabajar, tomar mis propias decisiones. —Colocó su mano en la mandíbula de él y lo miró fijamente—. Quiero ser una esposa de la que puedas sentirte orgulloso, pero también una mujer de la que pueda sentirme orgullosa yo.

Él se acercó para besarla, sin embargo, ella no lo permitió. En su lugar sacó un papel de los pantalones y se lo dio.

—¿Qué es?

—Hoy cuando fuimos a Vixen vimos este anuncio. Es un curso gratuito de arte y pintura, me inscribí en él. Al parecer la ciudad está invirtiendo para posicionarse como un sitio turístico al cual huir cuando se esté harto de la ciudad. Están construyendo un hotel de lujo. En fin, que el condado quiere que la gente se anime a emprender.

»De esa manera habrá más tiendas y todo eso. Más que ofrecer a los turistas. La mujer que nos atendió, nos comentó que planean abrir otros cursos, de manualidades, cocina y no sé qué más. Pero que se habían decidido por empezar con este porque hay una artista famosa que se vino a vivir a este lado de Texas y se ofreció a dar las clases.

—¿Te gusta el arte?

—En verdad no lo sé. Me gusta pintar las paredes de la casa de

Lizzie y Travis. —Se encogió de hombros—. Supongo que no tiene mucho que ver. Nada pierdo con intentarlo. me encanta la sensación de la brocha en las manos.

—¿Cómo piensas viajar?

—Lizzie se ofreció a prestarme el coche. Con el dinero que gano puedo pagar la gasolina y los gastos que tenga con el curso y además aportar a tus padres por mi estadía.

—Oh, no, Andrea. Eres mi prometida.

—Sabes que no...

—Bueno, pero estamos hablando de esto y supongo que significa que intentarás que nos conozcamos y eso...

—Mmm... creo que sí, gringo.

Levantó su mano y le mostró el dedo anular. El diamante brilló frente a los ojos del vaquero.

Esta vez fue ella quien se acercó para besarlo.

Entonces, por primera vez desde que se conocían, no discutieron.

Andrea estaba que no se cambiaba por nadie. Era su primer día de clases.

Se echó una última mirada al espejo y cogió las llaves del coche de Lizzie. Justo cuando abrió la puerta del remolque se encontró con su padre con la mano en alto.

—Oh, mi niña. Estaba a punto de tocar. Buenos días. Te ves muy guapa.

Ella bajo de un saltó y le plantó un beso.

—Buenos días. Gracias, estoy tan nerviosa.

—No te preocupes. ¿Te vas sin desayunar?

—Sí, es que no quiero que se me revuelva el estómago por los nervios. Comeré algo en Vixen. —Su padre se puso serio—. Solo será por hoy, papá.

—Eso espero.

Ambos fueron caminando hasta el garaje y allí encontraron a Josh, recostado en su camioneta.

—Buenos días, vaya ¿cómo está la novia más guapa de todo Texas?

Ella rio.

—Qué raro, cuando papá no está no me tratas tan bien.

Él le guiñó un ojo.

—Mentirosa.

—*Gringo adulator*.

Luis soltó una carcajada al ver la cara de confusión de Josh.

—Suerte con el español, muchacho. —Le dio unas palmadas en la espalda y luego se giró hacia su hija—. Suerte, mi niña. Vas a ver que todo sale bien.

—Gracias, papá.

Se despidieron con un fuerte abrazo.

—¿También viniste a despedirme?

Él la tomó por la cintura y la atrajo para besarla.

—No. Vine para llevarte a tu primer día de clases.

—¿Qué?

—Soy un caballero.

—Pero tienes mucho trabajo y...

—Travis una vez me dijo que cuando alguien te importaba siempre encontrabas el tiempo.

Andrea sintió un pinchazo detrás de los ojos.

—¿Irás por mí luego?

—Por supuesto, es lo que un hombre hace con su chica.

Era un anticuado, pero le encantaba.

Ese día Josh fue a dejarla y traerla tal como le prometió. Andrea no solo descubrió qué era eso de sentir mariposas en el estómago por un hombre que la quería, sino que también aprendió que pintar sobre un lienzo no tenía nada que ver con pintar una casa, ¡era mil veces mejor!

Mes y medio después Andrea se había vuelto loca por la pintura y en su clase había destacado tanto que la profesora le había ofrecido trabajo.

Después de toda la incertidumbre del pasado por fin era feliz. Estaba ansiosa por llegar al rancho.

Aumentó la velocidad, dejando tras de sí una nube de polvo. Cuando llegó salió corriendo a preguntar por Josh. Travis le dijo que se encontraba en el granero y con un rápido «gracias» desapareció.

Lo vio arreglando algo.

Tuvo que detenerse para contemplarlo en silencio y calma.

Era tan guapo y fuerte. Pero lo que más le gustaba era su sonrisa.

Estaba segura de que la sangre se le aguaba cuando él la miraba de esa forma irresistible y elevaba las comisuras de los labios hacia el cielo.

—Hola, gringo.

Él la miró con un brillo especial en los ojos y fue hasta ella para besarla.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal?

—¡La profesora me ha pedido que trabaje con ella! Tiene un encargo enorme de suvenires y pinturas y quiere que la ayude. Sé que apenas empiezo con esto, Josh, pero me siento tan orgullosa de que una artista como ella confía en mí...

—Vaya, al paso que vas le vas a quitar el trabajo. —Ella le dio un manotazo—. Es broma, cariño. Lo haces muy bien, realmente tienes talento.

—¿Eso crees?

—Claro que sí. He visto esos amaneceres que pintas... son... no lo sé. Te ponen los pelos de punta.

Ella le plantó un beso.

—Faltan dos semanas para que acabe mi visa.

Josh perdió la sonrisa.

—Lo sé.

—Tengo algo para ti.

Sacó un paquete de detrás de la espalda y se lo tendió.

Cuando Josh lo vio inmediatamente supo que era un cuadro. Lo desenvolvió con más cuidado del que quería y se quedó sin aliento al verlo.

Eran dos sombras. Una más grande sentada y la otra más pequeña, arrodillada frente a la primera. Apenas y eran siluetas en la oscuridad, un hombre y una mujer, pero lo que más resaltaba era la forma en la que la silueta pequeña colocaba su mano en la mandíbula de él. Y en esa mano, como un foco de luz, brillaba un diamante.

—Andrea, esto es...

Tenía la piel erizada y el corazón a mil.

—¿Comprendes lo que significa?

—¡Espero que sea que te vas a casar conmigo!

Ella le quitó el cuadro de las manos, lo puso en una mesa y saltó como una niña sobre Josh, envolviéndole las piernas en la cintura, después le plantó el beso más largo y apasionado que había dado en su vida.

Josh estaba mareado. Sin embargo, todavía no estaba conforme.

—No has dicho las palabras, cariño.

Ella puso los ojos en blanco.

—Voy a preguntártelo otra vez.

—¿Tan importante es?

—He esperado tres meses por ti y no han sido exactamente fáciles...

—Ja, ja. De acuerdo.

—Ven, dame el anillo.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

—Que me lo des. Vamos a empezar desde cero y hacerlo bien. Dios mío, la primera vez fui un total idiota. No me extraña que me haya costado tanto tiempo convencerte.

La tomó de la mano y la guio a través de los campos.

El sol comenzaba a acariciar el horizonte. El cielo estaba teñido de colores malvas y naranjas. La brisa de la noche ya comenzaba a aparecer y acariciaba sus pieles.

—Esta es mi tierra, cariño. El lugar que te ofrezco. El lugar donde voy a hacerte feliz para siempre, trabajaré en eso cada día.

—Oh, Josh...

Tenía los ojos aguados.

—Andrea, quiero que...

Comenzó a arrodillarse, pero el intento fue tan torpe que se le cayó el anillo y por una fracción de segundo le fue imposible encontrarlo entre la hierba.

—Santa mierda, esto es un desastre.

Ella lo obligó a levantarse, conteniendo una carcajada.

—Solo no te pongas tan nervioso, gringo. Ya sabes cuál va a ser mi respuesta, no debería asustarte tanto.

—Cielos, contigo nunca se sabe.

Andrea soltó la risa al tiempo que le daba un manotazo.

—De acuerdo. Empieza de nuevo.

—Bien... —La miró fijamente y le sonrió—. Sé que no nos conocimos de la mejor manera, que esto ha sido una locura desde el principio y que nos costó mucho acoplarnos. Pero también sé que desde que te vi en la foto te metiste dentro de mí y que estos tres meses a tu lado he sentido lo que jamás nadie en toda mi vida me hizo sentir.

»Eres totalmente diferente a la mujer que algún día creí que quería como esposa, sin embargo, el tiempo me ha demostrado cuan equivocado estaba. Porque eres perfecta. Te admiro y respeto, has conseguido que vea más allá de un trato o de tu cuerpo. Que vea tu corazón, tu coraje.

»Andrea, *te quiero. ¿Quieres casarte conmigo?*

Ella abrió la boca de par en par y las lágrimas se le derramaron por el rostro sin que pudiera evitarlo.

—*Oh, por Dios. ¡Por supuesto!*

—Joder, ¿qué significa eso? Por el amor a Cristo, dímelo en inglés o voy a morir de un infarto.

Ella rio al tiempo que se limpiaba las lágrimas.

—¡Sí, quiero casarme contigo, gringo! —Josh suspiró de alivio y colocó el anillo en su dedo—. ¡Yo también te quiero!

Se abrazaron y se fundieron en un beso, mientras la luz cálida del atardecer recontaba sus siluetas contra los hermosos paisajes del valle.

—Mañana nos dirigiremos a Vixen y obtendremos una licencia de matrimonio, después hablaremos con el reverendo. Lou y Lizzy ya han aceptado ayudar con los preparativos de la boda.

Y ahí estaba de nuevo...

—Es nuestra boda, Josh. ¿No puedo decidir siquiera quién ayuda?

La confusión juntó sus largas cejas, haciéndolo incluso más guapo, maldito fuera.

—¿Qué tiene de malo? Pensé que podrías necesitar algo de ayuda. Querrás algo bonito para recordar, ¿no?

—¡No! ¡Quiero decir, sí! Ay, como sea, solo bésame...

Josh alisó su mejor camisa de domingo, no sin antes enterrar los dedos entre el cuello e intentar encontrar un poco de espacio. Nunca llevaba corbata y lo estaba ahogando. Aunque la sensación más bien podía deberse a los nervios de ver a su futura esposa.

Lou y Lizzy le habían ocultado a Andrea mientras preparaban el rancho para una fiesta digna de una revista de bodas. Para los treinta o más invitados que habían ido desde la ciudad, parecía muchísimo trabajo. Pero afortunadamente Andrea tendría un día para recordar.

Una mezcla de bancos y sillas había sido arrastrada al patio. Algunos estaban cubiertos con telas blancas y flores silvestres por todas partes. Los invitados eran tan pintorescos como las decoraciones. La mayoría usaba vaqueros y sus mejores camisas y muchos ya tenían vasos de té dulce y melocotón en sus manos.

Los hermanos de Josh se pusieron de pie a su lado. Lizzy había equipado a los hermanos del novio con elegantes camisas de mezclilla y pañuelos de bayas rojas anudadas alrededor del cuello, había sacado eso de alguna revista texana y decía que más guapos imposible. También había ayudado a Josh a encontrar su traje.

Se sentía un poco perdido sin su sombrero, pero Lizzy lo había obligado a abandonarlo.

Cuando el viejo señor Gulliver comenzó a tocar las cuerdas del banjo para la marcha nupcial, la columna vertebral de Josh se tensó. Apretó los puños y miró la esquina del establo, esperando que apareciera su novia.

Cuando apareció el hombro de Luis, el corazón de Josh salió disparado como un caballo salvaje. Iba vestido como sus hermanos, pero Josh no le prestó atención porque estaba ansioso por ver a la mujer que traía de su brazo.

Su garganta se cerró. La emoción lo atravesó y los ojos le ardieron al tiempo que se le hacía un nudo en la garganta. Demonios, estaba a punto de

ponerse a berrear como un niño de dos años.

Entonces sus miradas se encontraron.

Sus ojos eran amplios y hermosos. Lizzy la había engalanado con el maquillaje suficiente para enfatizar sus delicadas características sin dejar de ser natural. Y el aspecto hueco y delgado había desaparecido. Su piel resplandecía contra el blanco de su vestido y las flores silvestres que llevaba en las manos.

Se le estremeció el corazón, parecía una princesa. Tan hermosa como una noche de luna en Texas.

Sonrió tanto que creyó que la sonrisa se le iba a salir de la cara y poco le faltó para desmayarse cuando ella le devolvió el gesto al tiempo que levantaba su vestido y le mostraba que llevaba unas botas vaqueras.

Luis condujo a su hija por el pasillo, hasta llevarla junto a él. Cuando Josh tuvo a Andrea en frente, cambió el peso de un pie a otro, ansioso por besarla.

La quería, seguro como el infierno que la quería. Ni siquiera lo podía comprender. Era una casualidad que la foto de esa maravillosa mujer hubiera llegado hasta sus manos, pero ahí estaba y le había tocado el corazón incluso sin conocerla.

El reverendo y Luis intercambiaron algunas palabras. Entonces la mano de Andrea se posó en la de Josh.

La ceremonia comenzó y Josh contestó a todo como un autómata. No podía dejar de mirarla, el resto de personas no existían.

Cuando ella dijo «Sí, quiero», las palabras le sacudieron el corazón. Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto necesitaba que ella lo quisiera.

Lou sollozó un poco.

—Ahora los declaro marido y mujer. Damas y caballeros, el señor y la señora Anderson —anunció el reverendo.

Ella levantó la cabeza para mirarlo a los ojos y Josh no esperó a que el reverendo diera el visto bueno. Se abalanzó y besó a su esposa como si se le fuera la vida en ello.

Después de dos días sin que lo dejaran verla, estaba desesperado. Él la inclinó sobre su brazo, reclamando su boca, las dudas sobre si su breve compromiso era un engaño o no para que la chica extranjera obtuviera la residencia se desvanecieron.

Ella le devolvió el beso, con las manos alrededor de su cuello, saboreando sus labios de la misma forma que él hacía.

La besó más fuerte, robando su aliento y deseando mucho más.

Cuando consiguieron separarse todos estallaron en vítores.

Lou estaba limpiándose una lágrima y John sonreía mientras la abrazaba. Luis, en su lugar, luchaba por no llorar.

Josh y Andrea avanzaron para aceptar las felicitaciones. Abrazos y buenos deseos por todas partes. Esa boda podría haber comenzado con un trato, pero al final algo más los había unido.

Josh la tomó en brazos frente a todos y volvió a besarla.

—Voy a besarte otra vez, señora Anderson.

Ella contuvo el aliento y él enterró su lengua en su boca dulce y caliente. Imágenes besándola de esa forma mientras la conducía a la cama hicieron que se excitara. El banjo y las guitarras acompañaron el beso.

Josh tomó lo que quería. Ella deslizó su lengua contra la suya, una promesa para más tarde.

Con la mandíbula le señaló la improvisada pista de baile que sus hermanos habían creado. Se colocaron en el centro y Josh la tomó en sus brazos. Ella se presionó contra él, más agradable que nunca.

—Organizaron algo muy bonito —le dijo a ella.

—Fue divertido trabajar con tu madre. Y Lizzy es una maravilla. Se le da muy bien esto.

—Parece que arruinaste tu ramo.

Ella soltó una risita.

—Estaba un poco nerviosa, especialmente cuando papá me atrapó en el establo y me dijo que no tenía que casarme contigo si no quería.

Josh se mordió la lengua.

Andrea continuó:

—Dijo que podíamos salir del rancho y encontrar trabajo juntos, que me cuidaría mientras esperaba mi papeleo.

—Pero no huiste.

Ella negó con la cabeza, disparando ondas de cabello sobre las yemas de sus dedos. Estaba complacido de que lo hubiera llevado suelto.

—¿Por qué no huiste, Andrea?

Ella encontró su mirada.

—Porque te quiero, gringo. ¡Demonios, eres irresistible!

La necesidad se disparó en su interior. Él la apretó más fuerte y la giró, arrastrando sus caderas hacia las suyas.

—Ya trabajaremos eso esta noche. Una y otra y otra vez, cariño...

—¿Puedo interrumpir? —Luis se acercó, sonriendo.

Josh le susurró a ella al oído:

—No te pongas demasiado cómoda fuera de mis brazos.

Ella le lanzó una mirada ardiente que hizo que sus rodillas se sintieran débiles mientras dejaba que Luis bailara con su hija y él lo hiciera con Lou. La hizo girar y ella echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—Parece que estás feliz con la unión, mamá.

—Sí. Es una chica maravillosa, sé esas cosas, y estoy orgullosa de llamarla nuera.

Ambos miraron a Andrea y Luis que estaban hablando y riendo.

—Nunca discutimos cómo llegué a pedirle que se casara conmigo.

—Tu padre y yo lo sabemos. Luis nos lo contó todo después de que fueras a recogerla al aeropuerto. Temía haberte empujado a tomar una decisión que no querías tomar, pero le aseguramos que no harías nada que realmente no quisieras.

—Eso es verdad.

Observó la hermosa cara de Andrea, animada en una conversación. Ella no se vería tan feliz si no hubiera querido casarse.

Lou le dio un apretón.

—Tu relación puede no ser la más tradicional, pero cualquiera puede ver que ustedes dos se quieren.

Desconcertado, miró la cara de su madre.

—¿De Verdad?

Ella se rio entre dientes.

—Sí, Josh. Y ella habla muy bien de ti.

—Ella... ¿habló de mí? ¿Durante los preparativos de la boda?

—Sí, bastante. Lizzy pasó horas junto a ella, mientras transformaban el vestido de novia que ella había usado con Travis en uno distinto y único para Andrea. Te puedo asegurar que esa chica habló tanto de ti como Lizzy de Travis.

Josh miró el vestido. ¿Qué se había puesto Lizzy en su boda? No podía recordarlo, pero ahora que Lou lo mencionaba vio algunos detalles familiares.

—Además, Andrea quería usar botas para demostrarte que está dispuesta a convertirse en una tejana de corazón.

Andrea no podía recordar un momento de su vida en el que se hubiera divertido tanto como el día de su boda. En el fondo, sabía que este tipo de felicidad se la debía a los Anderson.

Sin la ayuda de todos, Declan y Travis construyendo la pista de baile, Lou cocinando sus delicias, Lizzy encargándose de todos los detalles de la decoración y el vestido y John ayudando a su padre con el diseño del jardín...

Siempre recordaría ese día.

Las grandes manos de Josh cayeron sobre sus hombros.

—¿Qué dices, nos desaparecemos?

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—Pero la fiesta no ha terminado aún. Los invitados todavía están aquí.

—No esperan que nos quedemos. Bailarán hasta la medianoche y entonces papá sacará un barril de licor casero y se sentarán alrededor del fuego a contar historias y reír... No nos extrañaran en absoluto.

Deslizó su mano en la de ella, entrelazando los dedos de ambos tiró y se la llevó.

Andrea lo siguió con el corazón acelerado. Cruzaron el patio corriendo y algunos silbidos tras ellos hicieron que se sonrojara. Cuando la música se hizo más silenciosa y la noche los envolvió, la anticipación y los nervios tomaron el control.

Josh acarició con el pulgar su palma. Ella se enfocó en la acción y cómo la hacía sentir protegida, querida. Deseada.

Doblaron la esquina del establo, el remolque apareció a la vista. Ella se detuvo en seco al verlo. Alguien había colgado luces centelleantes por todas partes.

Josh le lanzó una sonrisa por encima del hombro.

—Perfecto para la noche de bodas, ¿no crees?

—Sí...

Sin previo aviso, la cargó en los brazos. Ella chilló mientras él cruzaba corriendo hacia el remolque. Josh abrió la puerta con ella rodeándole

el cuello con los brazos, aferrada a él. Consciente de su dureza y el olor masculino. Hacía mucho tiempo que había abandonado la corbata, llevaba el cuello de la camisa abierto, revelando la piel bronceada.

Ella presionó sus labios contra esa parte del cuerpo.

Él se congeló.

La piel salada bajo su boca la encendió. Separó los labios y le tocó la carne con la punta de la lengua.

Un escalofrío recorrió al vaquero. Con un movimiento rápido, la colocó contra la pared, ella envolvió sus piernas en sus caderas y lo besó.

Mientras deslizaba su lengua en su boca, le hundió las uñas en los hombros, haciéndolo gruñir de apreciación. Mordió su labio y él respondió de la misma forma.

Josh coló una mano entre todo ese montón de tela hasta llegar a sus diminutas bragas de encaje. Maldición, la deseaba y ella estaba empapada.

Cuando apretó Andrea gimió como una gatita.

—Eres tan malditamente hermosa, cariño. ¿Te gusta lo que te estoy haciendo?

Ella asintió y tiró de él para reclamar otro beso. Se entregaron a besos ardientes y caricias, pero ambos eran conscientes de que el jodido vestido no hacía más que estorbar.

—Malditas capas de tela. Me encantaba verlas girar alrededor de tus piernas cuando bailabas, pero ahora están volviéndome loco... Se están interponiendo en mi camino.

A pesar de lo que decía, su dedo corazón estaba justo sobre el clítoris...

—Diablos, estás empapada. Lista para mí.

—Mmm... *Sí, así, vaquero... Dioooooos...*

Ella le mordió el lóbulo de la oreja, al tiempo que Josh hundía un dedo en su cuerpo. La intensa lujuria la convirtió en una gata salvaje. Jadeando, gimiendo y empujando sus caderas para que se hundiera más profundo. Necesitaba más.

La erección se le calvaba en la cadera a Andrea y estuvo a punto de maldecir, porque no la quería ahí, la quería entre sus piernas.

—Te necesito dentro, Josh.

—Todavía no, cariño.

Metió otro dedo entre sus pliegues húmedos y cálidos.

—Bésame —suplicó.

—Maldición.

Hundió la lengua en su boca mientras ella se apretaba contra los dedos.

—Estás tan apretada.

Hizo círculos con sus dedos dentro mientras con el pulgar le rezaba el clítoris.

Andrea echó la cabeza hacia atrás y jadeó con más fuerza. La estaba llevando al límite.

—*Más... Oh, sí, Josh. Exactamente así.*

Sus agitadas respiraciones abarcaron su piel. Comenzó a temblar. Ella abrió la boca para gritar de placer y él se aprovechó tomándola y besándola. No se cansaba de sus labios y su sabor. El besó continuó hasta que ella llegó al orgasmo y dejó caer la cabeza sobre su pecho, con la vista nublada y el cuerpo palpitante.

Cuando recuperó los sentidos, lo miró con el placer dibujado en cada facción. Él inclinó junto su frente con la de ella, respirando entrecortadamente.

—He visto amaneceres que harían a un hombre común y corriente como yo pintar. Se me ha erizado la piel al ver algunos caballos corriendo libres por el campo. Pero, cariño... verte así es lo más hermoso que he visto en la vida.

Alguien, probablemente Lizzy, había colocado dos pequeñas almohadas blancas con las iniciales «Sr.» y «Sra.» sobre el sofá cama. Josh tendió a su esposa sobre ellas, apretando con fuerza su necesidad mientras su cabello sedoso se derramaba sobre el blanco.

—Señora Anderson, bienvenida a su humilde hogar durante las próximas semanas.

O meses. Al ritmo que les llevaba construir la casa de Travis, él y Andrea no tendrían una en menos de un año. Apartó la idea y se concentró en la mujer de labios rosados tumbada en el colchón.

Sus jugos aún cubrían sus dedos. Se metió los dos dedos en la boca y los chupó mirándola con toda intención.

—*Ay, Diosito...* ¿Dónde quedó tu corbata? —preguntó con los ojos llameantes.

—La última vez que la vi, Declan la tenía alrededor de su cabeza.

Ella soltó una risita.

—Oh, sí. Fue un éxito en la pista de baile. Mmm... lastima. Cuando te vi con ella pensé en varias formas de usarla contigo...

—¿Cómo cuáles?

—Tendrás que averiguarlo la próxima vez que uses una...

Él negó con la cabeza, ella estaba desabrochando los botones de su camisa. Cuando notó el fuego en sus ojos, se dio cuenta de que ese matrimonio era más que una tarjeta verde para Andrea. Había sido muy receptiva. No había atracción o deseo fingido.

Lentamente, le quitó la camisa y la dejó caer al suelo.

Luego se quitó los pantalones, las botas y los calcetines, después siguió con la ropa de ella.

Despacio, Josh hundió sus dientes en la carne de las pantorrillas de Andrea, ella se arqueó.

—Quiero probar cada parte de ti...

Se apoyó en el colchón, cubriéndola con su cuerpo mientras los resortes del sofá rechinaban. Soltaron una carcajada.

—Lo primero que compraremos será una cama nueva.

—Sí.

Sin aliento, acarició de sus hombros hasta su pecho, su mirada seguía la exploración. La forma en que sus ojos se oscurecieron le dijeron cuánto le gustaba tocarlo. Gracias a Dios por todo el trabajo duro que había esculpido su cuerpo.

Ella abanicó sus dedos sobre sus pectorales, sus meñiques rozando sus pezones.

Él jadeó.

—¿Te gusta eso? —le preguntó.

—Me gusta todo lo que me haces.

Era cierto. Incluso cuando ella discutía.

Andrea pellizcó sus pezones suavemente y se abalanzó sobre él para besarlo. Su boca estaba caliente y deliciosa. Cada empuje de su lengua se encontraba con la suya, mientras clavaba sus caderas contra las de él.

Josh la dejó sentir todo su peso y cada centímetro de su cuerpo. Ella gimió y él apretó las caderas.

—Quiero que esto dure para siempre, pero la verdad es que estoy bastante excitado tras esperar por ti tanto tiempo.

—Nos conocemos hace solo tres meses.

—Sí y fue suficiente para volverme loco. Además, siento como si te conociera de más tiempo, antes de que te bajaras del avión.

—Seguro que no estabas excitado por esa foto horrible...

Él mordisqueó su labio inferior.

—La foto me hizo pensar en ti de muchas maneras. Preguntándome sobre tu personalidad. Tu voz, tu risa.

Trazó un camino de besos desde la oreja hasta el cuello. Ella se retorció, pero él la inmovilizó mordiendo su piel.

Era extraño, pero quería mantenerla hablando. Parte de su encanto era su boca atrevida y la quería juguetona en la cama, para establecer el tono de todos sus años por venir.

Ella soltó un suspiro entrecortado que acabó en una risa.

Josh levantó la cabeza.

—¿Te da cosquillas?

Ella se calmó y entonces Josh la atacó sin piedad. Ella se defendió como una leona, lanzando puñetazos y patadas en todas direcciones al tiempo que no podía contener la risa. Al final pudo escaparse de él.

Andrea lo miró, con el pecho subiendo y bajando por la agitación.

—Te quiero, gringo. Definitivamente te quiero.

—Y yo te quiero a ti.

Deslizando una mano en la espalda de ella buscó la cremallera del vestido

—¿Hay algún truco para sacarte de este montón de tela , cariño? Porque mi paciencia se ha desgastado un poco.

Ella se quitó el vestido de un solo movimiento. Apenas un microscópico trozo de encaje blanco le cubría los pechos y el monte de Venus.

—¿Josh? —La incertidumbre en su voz hizo que él encontrara la suya.

—Eres impresionante. Y mi esposa.

Se dejó caer sobre ella, besándola profunda y completamente antes de bajar por su cuello y pechos. Tiró del sujetador y pasó largos minutos adorando cada pezón. Cuando se movió más abajo se endureció como la piedra. Él aroma de ella lo volvía loco.

Andrea le clavó los dedos en los hombros, guiándolo por su cuerpo. Atrapó sus bragas en los dientes y tiró de ellas hacia abajo, dejando al descubierto su entrepierna cálida y húmeda.

La acarició con la barbilla y la nariz rozando su clítoris.

Un gemido escapó de los labios de ella. Mirándola fijamente, la lamió de arriba abajo. Sus sabores estallaron en su lengua. Él plantó sus manos sobre sus muslos para abrirle más las piernas y poder llegar hasta el último rincón.

Ella ya estaba mojada por su orgasmo anterior, pero no tardó mucho en ponerse más resbaladiza y suave. La pasión era una hoguera en su pecho.

Ella se sacudió, derramando su placer y palpitando contra su lengua. Pero él no se detuvo, hundió sus dedos hasta que consiguió que ella se viniera una vez más.

Andrea tenía la piel cubierta por un rocío de sudor, sus pupilas dilatadas eran como dos anillos oscuros. Sus labios estaban hinchados y sus pezones puntiagudos.

Se tragó el nudo repentino en la garganta y se deslizó por su cuerpo

para besarla. Ella le respondió, el sabor de sus jugos se mezcló en el beso.

Presionó sus caderas contra ella, demasiado consciente de lo mucho que le apretaban los boxers.

Ella pareció adivinar sus pensamientos porque enganchó los dedos en la cinturilla y rápidamente se deshizo de ellos, dejando su pene libre y erguido.

Ella lo agarró por la base, masturbándolo y rodeando la punta con los dedos, Josh tuvo que luchar contra la creciente necesidad de tomarla fuerte y rápido.

—No hemos discutido sobre lo de tener una familia... ¿Te gustaría tener hijos?

Ella lo miró con impaciencia, ¿no podía dejar eso para después?

—Claro...

—Pero apuesto a que no de inmediato, así que traje condones...

—¿Y tú quieres niños?

—Absolutamente. ¿Recuerdas lo que te dije acerca de meterlos en la cama y después hacer lo mismo contigo, pero perverso, fuerte y duro?

—Entonces entra de una vez por todas y hazme todo eso que dices, gringo...

En cuestión de segundos, había rasgado el paquete y había rodado la goma sobre su dolorido pene.

Con la necesidad de palpar al ritmo de su pulso, atrapó su suave cuerpo bajo el suyo. Sosteniéndole la mirada, tomó su pene y empujó profundamente.

Cuando Josh abrió paso entre su cuerpo, la mente de Andrea se astilló. Aún sensible a sus últimos orgasmos, sentía su invasión en cada nervio. Lo estrechó, moviéndose con él, besándolo apasionada.

Se centró en su marido. Quería saber qué le agradaba y, aunque se había sentido decepcionada por no haber tenido la oportunidad de tocarlo demasiado, estaba alucinada al saber que la deseaba tanto.

Recorrió con sus manos su espina dorsal, amando la sensación de sus músculos trabajados. Él apretó sus caderas, medio levantándola en un beso devorador.

Cuando se puso rígido, ella supo que estaba al borde. De alguna manera, saber esto la llevó a la cima también. Su grito probablemente la avergonzaría más tarde, pero no pudo retenerlo. Él se sumergió en ella

mientras las oleadas de liberación los golpeaban.

Él yacía como muerto, respirando con dificultad. Una vez que recobró el sentido, levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Sabía que seríamos compatibles en la cama.

—Tengo que admitir que tenía dudas respecto a ti —se burló ella.

—Eres una mentirosa de lo peor.

—¿Yo?

Él se retiró y se levantó para desechar el condón, ella observó su cincelado trasero. Sus párpados se volvieron más pesados. Después de los preparativos de la boda, casarse y acostarse con un hombre al que apenas conocía, se dijo que estaba muy agotada.

Sin embargo, minutos después estaba a horcajadas sobre él, sin un ápice de cansancio.

—¿Sabes una cosa, cariño? —dijo él.

—¿Qué?

—*Te quiero.*

Ella sonrió.

—*Yo también te quiero.*

—A pensar de que hoy estamos aquí gracias a una casualidad.

—Creí que estábamos aquí porque tengo buen corazón y me apiadé de ti. Fue un poco humillante verte rogando por el sí...

—Además de mentirosa, mala.

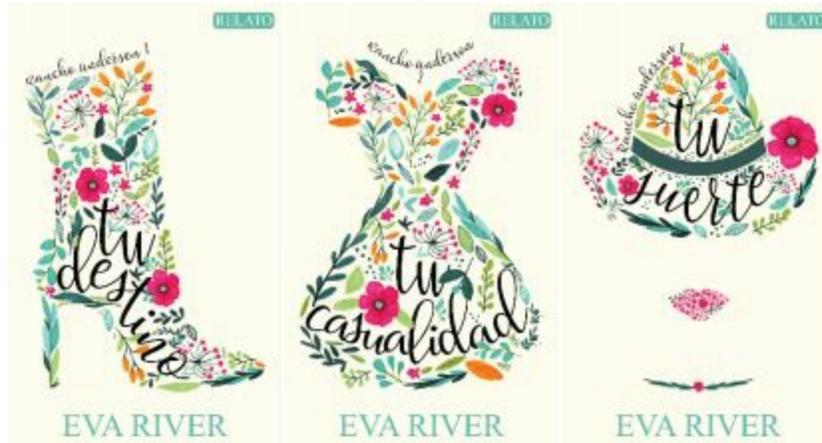
Ella sacudió las caderas.

—Sí y te encanta.

Serie «Rancho Anderson»

Los Anderson tenían un ultimátum. O encontraban esposa o encontraban esposa.

¿Qué tan difícil podía ser? ¿Acaso no ponían a todas las chicas a babear por ellos? Pues... estaban a punto de comprobarlo.



¿A qué quieres saber qué pasa con los otros hermanos?

Entonces no dudes en seguirme en Facebook para que no te pierdas de nada.

Muy pronto «Tu suerte» disponible en Amazon y Kindle Unlimited.

Tu suerte (Una probadita)

—Declan —lo llamó su padre mientras tomaba una silla para sentarse a horcajadas—. Necesito que me eches una mano.

—Bien. ¿Necesitamos más semillas?

—No. Travis encontró un ayudante para el rancho y necesito que vayas por él.

—Esas son buenas noticias.

No lo sorprendía. Su hermano mayor siempre había sido rápido y eficiente.

—Su vuelo aterriza a las seis.

—¿De dónde viene?

—No lo sé. Esto es todo lo que Travis me dijo. Pensé que no te importaría hacer el viaje desde...

No necesitaba terminar. Declan sabía muy bien que él era el extra allí, el calcetín perdido. Sus hermanos ya tenían su propia tierra y sus propios asuntos, así que Declan era al que siempre recurría su padre.

Se levantó de la mesa.

—Será mejor que vaya ya si quiero llegar a tiempo. ¿Cuál es el nombre del chico?

—Leo Scott.

Declan asintió. La idea le emocionó un poco. Desde que Travis y Josh estaban casados extrañaba tener un camarada. Con sus hermanos tan involucrados en sus propias vidas, estaba más solo de lo que quería admitir. Pero él y Scott podrían ir al bar un viernes por la noche o tal vez vagar por las ciudades más grandes para pasar un buen rato.

A medida que se acercaba al aeropuerto se sentía más satisfecho. Tener un par de manos extra en el rancho ayudaría mucho. Tal vez incluso tendría más tiempo para buscar una chica.

El sonido de una bocina lo hizo dar un respingo. Un automóvil deportivo pasó a su lado y tuvo que frenar de golpe.

—Malditos ciudadanos —gritó.

Para cuando llegó al aeropuerto estaba rechinando los dientes, odiaba conducir en la ciudad. Ansioso por recoger a Leo Scott y volver a la calma del rancho, aparcó en una zona de no estacionamiento. Claro, obtendría una multa, pero estaba dispuesto a pagar unos dólares extra por conveniencia.

El interior del aeropuerto estaba repleto de gente. Aparentemente, varios vuelos se habían atrasado debido a las tormentas. Declan se abrió paso a través del y mientras lo hacía le sonrió a una mujer joven y bonita que llevaba botas vaqueras demasiado brillantes como para ser más una declaración de moda que su calzado de diario.

Ella le devolvió la sonrisa y bajó la mirada con timidez. Lástima que no estuvieran en Vixen o incluso en alguna de las ciudades a dos horas de distancia del rancho, se habría interesado en ella. Podría hacer un largo viaje por un par de ojos marrones como esos.

Muy pocas personas usaban sombreros de vaquero allí y cualquiera podría ser Leo Scott. Declan miró todas las caras, tratando de encontrar alguien con pinta de ayudante de rancho, pero no estaba teniendo suerte.

Entonces una pequeña chica se acercó a él, llevaba un sombrero y unas botas a juego. Contuvo el aliento mientras la miraba.

Una mata de cabello rojo oscuro enmarcaba su rostro y sus cálidos ojos marrones lo miraban desde debajo del ala del sombrero. Su mente se apagó cuando saltó de sus ojos a su cuerpo esbelto. Muslos curvilíneos con vaqueros ceñidos, una cintura delgada hecha para abrazarse a ella y unos pechos voluptuosos.

Esa mujer había salido directamente de la fantasía de cualquier hombre. Gritaba pecado por todas partes.

Se hizo a un lado para dejarla pasar, pero ella no se movió. Sin saber cómo reaccionar, miró por encima de su cabeza a la multitud, en busca de Leo Scott.

Una pequeña mano de la vaquera sexy se agitó frente a sus ojos.

—¿Puedo ayudarte, señorita?

Dios, tenía pecas doradas en el puente de la nariz.

—Eres quien vino por mí.

El aire abandonó sus pulmones como si hubiera sido pateado por un buey de dos toneladas. Mirándola a los ojos, luchó por darle sentido a lo que ella había dicho. Hablaba inglés, pero...

—¿Disculpa?

—Eres del el Rancho Anderson, ¿no? ¿Cuál es tu nombre?

—Declan Anderson —dijo distraídamente—. ¿Cómo supiste de dónde soy?

Ella señaló su ingle. No, su cintura.

—Reconocí el logo del rancho en la hebilla de tu cinturón.

Oh, sí. Todos los hombres en el rancho llevaban el óvalo de plata con el símbolo de los cuernos de buey y el nombre del rancho en letras pequeñas.

—¿Cuándo has visto una de estas hebillas?

—¿Qué?

Puede que fuera malditamente hermosa, pero estaba loca.

—¿Quién eres? —Exigió.

Sus ojos mostraban una cautelosa resignación. Aun así, extendió su mano para estrechar la de él con toda la confianza de un viejo vaquero.

—Leo Scott. Tu nueva ayudante.

Su madre le había enseñado a no ser grosero y parecía que la vida lo estaba poniendo a prueba. Maldito Travis. ¿Sabía su hermano que el ayudante era una pequeña vaquera pelirroja que probablemente sabría más sobre sexo tántrico que de caballos?

Ahogó un gruñido de irritación.

—¿Eres la ayudante?

—Sí, soy Leo Scott.

Ella colocó una mano en su cadera, que solo hizo que sus curvas destacaran más. El cuerpo de Declan subió de revoluciones, muy consciente de esa pequeña belleza.

¿Qué había pasado con su camarada y con las salidas al bar el viernes por la noche?

Joder, ese día estaba resultando una mierda.

—Pero no puedes ser la nueva ayudante. Tú eres...

Dejó que su mirada se deslizara sobre esas curvas malvadas que provocarían que un hombre sufriera un infarto si las miraba demasiado tiempo.

—¿Una vaquera trabajadora que se especializa en el ganado de carne al que se dedica tu rancho?

Se encendieron chispas doradas en sus ojos del color de la miel oscura.

—Eres muy pequeña para trabajar con ganado.

Ella ladeó la cabeza al tiempo que ponía los ojos en blanco, mientras un candado rojo se deslizaba por su clavícula. Declan lo siguió con la mirada.

—Un vaquero inteligente como tú, ¿lo eres?, debería saber que no es la fuerza detrás del vaquero, sino sus reacciones y la habilidad de su cuerda.

Cierto.

—Además de eso —continuó—, sé sobre veterinaria, crianza, nutrición, reproducción, selección, comercialización y administración.

Parecía un folleto universitario andante.

—Así que eres uno de esos cerebritos de la Universidad de Texas...

—No, aprendí todo lo que sé de mi padre.

Ah. Ella era la hija mimada de un ranchero que quería demostrar su valía. Probablemente estaba ahí por un capricho.

Declan se metió un pulgar en el bolsillo.

—Mira, no quiero insultarte.

—No has dejado de hacerlo ni por un momento.

Su tono descarado le infundió calor en una parte del cuerpo que era demasiado baja para llamarla estómago.

—Nos reventamos el culo en nuestro rancho, señorita, y no estoy seguro de que usted sepa lo que es eso...

—Lo que soy es que soy un maldito buen vaquero, igual o más que cualquiera con una polla entre las piernas —estalló.

—Vaquera —corrigió en el mismo tono.

Ella lo fulminó con la mirada, suspiró, recogió su maleta y comenzó a alejarse, caminando rápidamente hacia la salida.

Él miró su cuerpo por un segundo. Definitivamente necesitaba a una mujer.

La alcanzó rápidamente.

—¿A dónde crees que vas?

—A buscar tu camioneta.

—No sabes cuál es.

—Tampoco sabía quién eras y aun así te encontré. —Ella giró para encararlo—. Tu familia me está esperando. Y, sabes, me pone de mal humor llegar tarde.

¿Qué iba a hacer con ella? Evidentemente, Travis creía que Leo

Scott se adaptaba a las necesidades, mujer o no. De lo contrario no la habría contratado. Declan la miró.

Soltando un suspiro, dijo:

—Bien. Sígueme.

Salió del aeropuerto justo a tiempo para ver las luces intermitentes de la policía junto a su camioneta.

Contacto de la autora

Espero, de todo corazón, que hayas disfrutado de Alex y Libby tanto como yo.

Además, si esta historia te gustó, te invito a que le eches un vistazo a mis otros libros.



Y si no te quieres perder mis próximos lanzamientos no olvides seguirme en [Facebook](#) o escribirme a evriver@outlook.com.

Un abrazo enorme y un beso.

¡Gracias por leerme!

Eva River